

Los guardianes del poder.  
El mito de la prensa progresista



David Edwards  
David Cromwell

Prólogos de John Pilger y Pascual Serrano

# LOS GUARDIANES DEL PODER

EL MITO DE LA PRENSA PROGRESISTA



TÍTULO ORIGINAL  
*Guardians of Power:*  
*The Myth of the Liberal Media*  
Pluto Press, Londres, 2005

TRADUCCIÓN  
Josebe Alkorta

PRIMERA EDICIÓN DE TXALAPARTA  
Septiembre de 2011

© DE LA EDICIÓN: Txalaparta  
© DEL TEXTO: David Edwards  
David Cromwell  
© DE LA TRADUCCIÓN: Josebe Alkorta

EDITORIAL TXALAPARTA S.L.L.  
San Isidro 35-1A  
Apartado 78  
31300 Tafalla NAFARROA  
Tfno. 948 703 934  
Fax 948 704 072  
txalaparta@txalaparta.com  
www.txalaparta.com

DISEÑO DE COLECCIÓN Y CUBIERTA  
Esteban Montorio

MAQUETACIÓN  
Monti

IMPRESIÓN  
GRÁFICAS LIZARRA S.L.  
Tafallako bidea, 1 km.  
31132 Villatuerta - Nafarroa

ISBN  
978-84-8136-461-3

DEPÓSITO LEGAL  
NA. 2.891-2011

txalaparta 

#### RECONOCIMIENTOS

Quisiéramos expresar nuestro agradecimiento a las siguientes personas por su colaboración en la edición de este libro y en el proyecto de Media Lens: Michael Albert, Gilbert Burnham, Gabriel Carlyle, Phil Chandler, Noam Chomsky, Sue Cullum, Mark Curtis, Denis Halliday, Edward Herman, Richard Keeble, Tim Llewellyn, Marianne McKiggan, Oliver Maw, Aubrey Meyer, David Millar, Milan Rai, Les Roberts, Andy Rowell, Hans von Sponeck y John Theobald, haciéndolo extensivo a todo el equipo de Pluto Press. También queremos agradecer la contribución económica de Barry Amiel y Norman Melburn Trust, Lipman Miliband Trust, Foundation de Sauve, Marmot Trust y Tinsly Charitable Trust, así como la de otros muchos donantes particulares que nos han apoyado a lo largo de toda nuestra trayectoria. Queremos agradecer el apoyo y el cariño de nuestras familias. David Cromwell también quiere expresar su gratitud a Foske, a Sean y a Stuart. Y agradecemos muy en particular el apoyo y el ánimo que nos ha brindado John Pilger.

## Nota

Debido a la gran cantidad de referencias contenidas en el libro, y por razones de legibilidad para los lectores no familiarizados con la lengua inglesa, se proporciona una traducción aproximada de los títulos de los artículos de prensa escrita y digital referidos. Los libros se citan en su lengua original, aunque en la bibliografía se ofrecen los datos de los trabajos existentes en lengua castellana.

## ÍNDICE DE CONTENIDOS

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN.....	13
PRÓLOGO DE JOHN PILGER.....	21
1. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS.	
IMPARCIALES, HONESTOS Y DEMENCIALES.....	27
1.1. Tirando del otro extremo. La «Prensa Libre» corporativizada.....	27
1.2. Supresión de la responsabilidad social.....	29
1.3. Sobre Gran Hermano y «Auntie Beeb» (BBC). El Modelo de Propaganda.....	32
1.4. El oportuno auge del periodismo profesional.....	39
Nota sobre la estructura de este libro.....	43
2. IRAK. LAS SANCIONES DE DESTRUCCIÓN MASIVA.....	45
2.1. La fatídica y monumental mentira de Blair.	
El «argumento moral para la guerra».....	45
2.2. Efectivamente consumado.	
El genocidio británico-estadounidense en Irak.....	48
2.3. La complicidad de los medios: la línea «baathista de Pilger».....	53
2.4. Encubrimiento de los efectos de las sanciones.....	56
2.5. El director del <i>Observer</i> Roger Alton y el octogenario veterano de guerra....	61
2.6. Tres mensajes destacables de Nick Cohen.....	65
3. IRAK DESARMADO.	
OCULTACIÓN DE LOS RESULTADOS DE LA INSPECCIÓN DE ARMAS. 1991-1998.....	69
3.1. Encuentren la excusa para llevarlo a cabo.....	69
3.2. «Prácticamente desarmado» para 1998.....	70
3.3. ¿Tira y afloja? El arte de falsear la realidad.....	76
3.4. Sin respuesta concreta. Media Lens y George Entwistle,	
Director de <i>Newsnight</i> .....	82
3.5. ¿Amenaza grave e inminente? El cenagal de destrucción masiva.....	85

4. IRAK. ERRE QUE ERRE CON LA GUERRA Y A ENCUBRIR LAS MUERTES.....	91
4.1. El mensaje de los Estados Unidos de América.....	91
4.2. Entrada en acción.....	95
4.3. Un ser más admirable y un primer ministro más fuerte. La toma de Bagdad.....	97
4.4. La derrota de Saddam. EEUU y Gran Bretaña son «plenamente responsables».....	99
4.5. El encontronazo de rigor. El Informe Lancet.....	104
4.6. Nuestra información ha andado de acá para allá.....	107
4.7. El osario. Una simple pregunta de un par de amateurs.....	112
4.8. ¡Aclamemos en unión al Irak democrático! Tragicomedia.....	116
4.9. Una democracia que nace muerta. Historia de dos elecciones.....	120
4.10. «Él quiere la democracia». Media Lens y el redactor del <i>Newsnight</i> , Peter Barron.....	126
5. AFGANISTÁN. DEJEMOS QUE COMAN HIERBA.....	131
5.1. Normalizando lo inconcebible.....	131
5.2. En un mundo de ciegos el león tuerto es noticia.....	137
5.3. El asesinato como primera opción.....	140
5.4. Afinando el bombardeo.....	144
5.5. Visto desde fuera. Media Lens y Richard Sambrook, director de los Servicios Informativos de la BBC.....	150
6. KOSOVO. BOMBAS REALES, GENOCIDIO FICTICIO.....	155
6.1. Irak y Kosovo. Las comparaciones prohibidas.....	155
6.2. ¡Apagón total en Belgrado! Los medios en formación.....	157
6.3. El «Genocidio» de Kosovo. Pura imaginación.....	159
6.4. Racak en entredicho.....	164
6.5. Pernicioso y poco profesional. Media Lens y Andrew Marr de la BBC..	170
7. TIMOR ORIENTAL. LOS LÍMITES PRÁCTICOS DE LA CRUZADA HUMANITARIA.....	177
7.1. Una cruzada moral «desdentada».....	177
7.2. A nadie le importó. La «bendición» de Occidente.....	180
7.3. Territorio empobrecido. Los cálculos de la <i>Realpolitik</i> .....	184
8. HAITÍ. LA RECÓNDITA LÓGICA DE LA EXPLOTACIÓN.....	187
8.1. La conquista del paraíso. La lógica de la explotación.....	188
8.2. La gran sorpresa de Haití. Aristide.....	192
8.3. El silencio de los medios ante el «doble juego» de Washington.....	197
8.4. Aristide derrocado. Reñidas elecciones.....	198

9. BAÑO DE IDOLATRÍA. EL «ALEGRE CONSERVADOR» REAGAN	
Y EL «RECHONCHO SIMPLÓN» CLINTON.....	209
9.1. ¿Hará el favor de ponerse en pie el auténtico Paul Wolfowitz?.....	209
9.2. Reagan. Una «presidencia extraordinariamente fructífera».....	212
9.3. No basta con matarlos.....	217
9.4. Nicaragua. El peligro del buen ejemplo.....	222
9.5. El legado de Reagan en Centroamérica.....	226
9.6. Clinton. Amargas ironías.....	230
9.7. Dimbleby se lo pone fácil.....	235
10. CAMBIO CLIMÁTICO. LA ÚLTIMA TRAICIÓN DE LA PRENSA.....	239
10.1. ¿Planeta inhabitable?.....	239
10.2. El alto coste de ganar tiempo.....	242
10.3. Catástrofe climática global. ¡No es para tanto!.....	244
10.4. Haga un «apaño».	
El lavado de cara medioambiental de los medios progresistas.....	245
10.5. ¡Ya, a mí tampoco! El <i>Guardian</i> se nutre de fósiles.....	249
10.6. Sociedad del planeta muerto.	
El misterio del buzón de correo del <i>Guardian</i> .....	257
10.7. El redactor de cartas al director del <i>Guardian</i>	
nos sirve una artimaña progresista.....	260
10.8. ¿Qué nos pasa?.....	262
11. LA SUMISIÓN DE LOS MEDIOS.	
EL CONFORMISMO PROFESIONAL ANTE EL PODER.....	265
11.1. ¿Cómo se le asesta un tiro a un niño?.....	265
11.2. El fenómeno de la «sensibilización».....	268
11.3. Educados en la pusilanimidad.....	273
11.4. ¡Cómo que no, el sistema funciona a la perfección!.....	278
11.5. Marcando la diferencia. Porque <i>podemos</i> influir en los medios.....	282
12. POR UNOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN COMPASIVOS.....	287
12.1. Occidente es el <i>súmmum</i> .	
Cómo los medios irradian humanidad de «puertas afuera».....	287
12.2. ¿Usted qué haría? El director del <i>Guardian</i> lanza un <i>Googly</i> .....	291
12.3. ¡Que vienen los <i>ciberciudadanos</i> !.....	294
12.4. Por unos medios de comunicación compasivos.....	299
12.5. Dignos, compasivos y sin afán de lucro.....	303
12.6. Los medios de comunicación no son un asunto menor.....	306
13. ABSOLUTA DISCONFORMIDAD HUMANA.....	309
13.1. Los filtros de la realidad.....	309
13.2. Versión empresarial de la vida, la libertad y la felicidad.....	315
13.3. Egoísmo ilustrado. Las asombrosas cualidades de la cortesía.....	317
13.4. Hacia una disconformidad humana absoluta.....	323

FUENTES..... 327  
MEDIA LENS..... 341  
BIBLIOGRAFÍA CITADA..... 345

EN EL VERANO DE 2011, una empresa de encuestas pedía a los españoles que respondieran a la siguiente pregunta valorando de 0 a 10: «¿En qué medida le inspiran confianza, es decir, sensación de poder confiar en ellos, las siguientes instituciones o grupos sociales?». La prensa logró un 4,7%, similar a los funcionarios y por debajo de los abogados, las grandes empresas españolas o las ONG. La televisión todavía era peor puntuada, con un 4,1%, por detrás de las multinacionales (*El País*, 7-8-2011). Sin duda es significativo que el ciudadano tenga la misma confianza en el conserje del colegio de su hijo que en el contenido de la portada del periódico del día. O que le parezcan más de fiar Coca Cola o Renault que la televisión que ve todos los días. Aunque quizás, con buen criterio, los encuestados han comprendido que no existe mucha diferencia entre los objetivos y planteamientos de las multinacionales y los de las televisiones.

Si observamos las cifras de los programas televisivos de mayor audiencia descubrimos que, algunos días, el programa más visto de toda la oferta es El Tiempo 1 (*Público*, 10-6-2011), es decir, el informativo meteorológico de TVE1 arrasa con un 20,8% de share. Hace años era objeto de burla el parte del tiempo porque se decía que nunca acertaba: ahora parece que es lo único fiable de todo lo que emiten por televisión.

Son solo dos anécdotas, pero pueden ser representativas de hasta dónde ha caído el prestigio de los medios de comunicación, unos actores políticos que en sus inicios representaban lo más dinámico y honesto de las democracias, ese Cuarto Poder -decían- que iba a vigilar a los otros tres en nombre de los ciudadanos.

Este libro, *Los guardianes del poder*, de los británicos David Edwards y David Cromwell, ayuda a comprender por qué hemos llegado a esta situación. Ambos son los creadores y editores del portal [www.medialens.org](http://www.medialens.org), un observatorio independiente de los medios de comunicación anglosajones y en especial de los británicos. Bajo el formato de lo que denominan «alertas mediáticas» van poniendo en evidencia las estrategias desinformativas de los medios, su experiencia en 1.800 páginas de estas alertas publicadas en su portal desde 2001 les han dado material para este libro. Noam Chomsky y Edward S. Hermann publicaron en 1988 la obra cuyo irónico título en español fue *Los guardianes de la libertad*, en la que desgranaban los mecanismos de propaganda, desinformación y consenso de los medios de comunicación de masas. Ahora Edwards y Cromwell parafrasean aquel título, ya sin ironía, para mostrarnos el panorama actual.

Los autores parten de una premisa que no debemos olvidar nunca: las empresas privadas están obligadas por ley a maximizar los beneficios de sus accionistas. La ley prohíbe a los directivos empresariales y administradores del dinero ajeno llevar a cabo, en el marco de su empresa, cualquier otra actividad (como apoyar a los trabajadores, cuidar el medio ambiente, trabajar en pos de la resolución de un conflicto bélico o defender los Derechos Humanos de una minoría) si pudiera afectar negativamente a la cuenta de resultados de la corporación empresarial. Por lo tanto, los principios éticos y morales son incompatibles con el espíritu del mercado. Es a partir de esta regla cuando podemos comenzar a comprender a dónde nos están llevando los medios de comunicación, propiedades de grandes empresas privadas.

Los autores se detienen en asuntos que han ocupado la agenda informativa: la invasión de Irak y Afganistán, la guerra de Kosovo, la indiferencia ante la masacre de los timorenses a manos del Ejército indonesio, el papel de Estados Unidos en los golpes de Estado

de Haití o de Reagan en Centroamérica, la presencia del cambio climático en los medios... A lo largo de esos capítulos nos mostrarán que los medios anglosajones –igual que los españoles– se alinearon con las mentiras que justificaron invasiones, fueron cómplices del genocidio y el golpe de Estado en Timor, ocultaron el papel de Estados Unidos en el derrocamiento de Aristide en Haití en dos ocasiones, ignoraron el apoyo de la administración de Reagan a las políticas de represión contra decenas de miles de civiles inocentes en El Salvador y Guatemala y la creación de un ejército terrorista financiado por el narcotráfico para derrocar al legítimo Gobierno sandinista de Nicaragua. Los mismos medios que, temerosos del poder de petroleras y grupos industriales, dejan en segundo plano asuntos tan importantes para la supervivencia del planeta como el calentamiento global.

Si adelantáramos el calendario a las fechas actuales y enfocáramos hacia nuestro país descubriríamos que el formato de tergiversación, manipulación y desinformación es muy similar. Comprobaríamos que ningún medio presta especial atención al hecho de que nuestras tropas de la OTAN estén atacando Libia alineándose en el bando de los islamistas que hasta ahora representaban el terrorismo y que estén lanzando bombas contra la televisión pública de ese país. Todos escuchamos a los analistas *sabelotodo* de nuestras televisiones afirmando los primeros días, ante la acampada en la madrileña Puerta del Sol y el resto de las principales plazas del país, que no se sabía bien quiénes eran y qué querían. Bastaba con ir a las plazas, verlos y preguntarles. Pero eso suponía poner los medios a disposición de ciudadanos indignados. Un sacrilegio.

Entre los recursos desinformativos de los medios se encuentra el de desviar la atención hacia lo secundario. Tras la acción terrorista de enviar un comando a violar la soberanía de un país, asaltar una residencia, asesinar a una persona desarmada delante de su familia y luego arrojar su cuerpo al mar, el debate mediático se limitó a discutir si se debían difundir o no las fotos del cadáver de Bin Laden. Tal y como presentaba Arundhati Roy en *El álgebra de la justicia infinita*, el doble rasero de los medios a la hora de informar de muertos occidentales, blancos y procedentes de países ricos, o muertos morenos de países pobres, es elocuente de la pérdida de

la ética periodística. Como dijo Robert Fisk «sabemos exactamente cuántos soldados de Estados Unidos han muerto. Sabemos la identidad y el bagaje cultural de cada soldado británico que ha fallecido. Sabemos los nombres de sus viudas, sus edades, las escuelas a las que fueron. Pero de los iraquíes no sabemos nada». Los muertos ajenos solo son noticia como munición contra gobiernos incómodos. Un preso condenado por delitos comunes que muere tras una huelga de hambre en Cuba es noticia en España durante semanas y ocupa portadas y aperturas de informativos, un caso similar en una prisión de Teruel no es noticia.

Los editores de Media Lens no solo denuncian las tropelías de la prensa británica, además son agentes que movilizan a los ciudadanos para que envíen sus quejas y denuncias a las redacciones y a los periodistas. Las respuestas que reciben, y recogen en su libro, sirven en unas ocasiones para mostrarnos la prepotencia y la soberbia de unos periodistas ciegos de vanidad, y en otras para conseguir rectificaciones y cambios de actitud que muestran que todavía existen profesionales dignos. La labor de Medialens es una lección de que no debemos permanecer indiferentes ante la desinformación.

Así, cuando criticamos a los medios y a sus periodistas, estos suelen reaccionar escudándose en su imparcialidad, neutralidad y equidistancia. La mayoría de los periodistas recogen desde Irak o Afganistán los partes de guerra que emite la OTAN y así se consideran neutrales, repiten las declaraciones entrecomilladas que se realizan en las salas de prensa del Pentágono, la Casa Blanca o La Moncloa y creen que han sido imparciales. Sin embargo, nunca darían por válido un dato o una denuncia procedente de un comunicado de las FARC o de la resistencia iraquí. Si una bomba de la OTAN masacra a cincuenta invitados de una boda en Afganistán, recogen el desmentido de los militares y ya está resuelto. Si un sindicato denuncia la corrupción de un político, añaden la versión opuesta del político. Si una organización de Derechos Humanos acusa a un gobierno del asesinato de unos indígenas, la prensa a continuación reproduce la versión oficial de que los indígenas eran guerrilleros. En los grandes medios no existe un periodismo que nos ayude a descubrir la verdad, porque el modelo imperante, con su eterno ser-

vilismo al poder, siempre bajo el paraguas del equilibrio, recogerá la versión del más fuerte para no incomodarlo. Según el modelo de hipócrita equidistancia que se está promoviendo, un refugiado de la Alemania nazi que apareciera en televisión diciendo que en su país están sucediendo monstruosidades debería ir seguido de un portavoz de los nazis afirmando que Hitler está logrando llevar al país al mayor nivel de desarrollo conocido. Desde este punto de vista, y en aras del equilibrio, tras una agresión racista deberíamos recoger la reacción de las víctimas y también la del grupo xenóforo. Y el día 25 de noviembre, Día Internacional de Lucha contra la Violencia de Género, buscaríamos, junto a los que combaten esa violencia, la opinión de algún asesino de su pareja. Y tras un bombardeo a una población civil, deberíamos presentar con igual extensión y legitimidad los argumentos de los bombardeados y los de quienes los bombardean. De hecho, así se hizo después de que el Ejército israelí atacara y asesinara a nueve cooperantes de la Flotilla de la Libertad que transportaba ayuda humanitaria a Gaza en mayo de 2010. Los medios dieron la misma legitimidad informativa a las argumentaciones del Gobierno de Israel, que acusaba a los cooperantes de defender a terroristas, que a las familias de las víctimas. Se trata de un ejemplo más de la cobardía del periodismo actual ante las presiones de los diferentes grupos de poder. El redactor adopta la postura de Poncio Pilatos, en versión periodística, en lugar de lavarse las manos ante el crimen, reproduce lo que dice el criminal y la víctima y se queda satisfecho y a cubierto de las críticas.

Sin embargo, cuando tocan a rebato, los mercenarios del periodismo no dudan en unirse a la campaña patriótica. Esos periodistas y medios *neutrales*, cuando recibieron en rueda de prensa de la Casa Blanca la noticia de la detención de Saddam Hussein rompieron a aplaudir en un bochornoso espectáculo de sumisión al poder inimaginable en la plantilla del *Pravda* soviético. Es el mismo método informativo bajo el cual, cuando una patrulla militar española que ocupa Afganistán es atacada por milicias que se enfrentan a esa ocupación, en los medios españoles se dice que ha sufrido un atentado terrorista.

Los autores de *Los guardianes del poder* centran su crítica en la prensa progresista, como reconocen claramente en el subtítulo de

su obra. Es interesante comprender lo acertado de su táctica. Igual que sucede muchas veces en política, también en la prensa existen palomas y halcones. Los halcones están perfectamente reconocidos, no ocultan al servicio de quién están. Sus crímenes son muchos, pero no es el de engañar al mayor de todos. Las palomas, en política y en prensa, nos hacen creer en su bondad, van de nuestro lado cuando denunciamos la invasión de Irak y, a la vuelta de la esquina, se lanzan contra Afganistán o contra Libia. Y quién sabe si contra Cuba o Venezuela. En estos medios hay periodistas convencidos de que se encuentran en el bando de los débiles, piensan que son libres e independientes. «A mí nunca me han dicho lo que tenía que escribir ni me han censurado nada», afirman. Como decía Carlos Fernández Liria, lo que no saben es que si están donde están es sencillamente porque nunca dijeron nada que a sus jefes no les gustara. ¿Acaso se han preguntado por qué en ese periódico están ellos y no otros? El hecho de que mucha gente considere progresistas a medios británicos como *The Guardian*, *The Independent* o la propia BBC, señalan nuestros autores, es una vacuna perfecta contra la idea de que los medios están sometidos a un tremendo sistema de restricciones y control empresarial. Si en España el diario *El País* fue tan pacifista que se opuso a la guerra de Irak es que tiene razón cuando no se opone a bombardear Libia.

Lo preocupante es que se está convirtiendo en mayoritaria la mentalidad del periodista que asume que no puede hacer nada, que debe limitarse a hacer lo que le piden. Cuentan Edwards y Cromwell que al preguntar a algunos militares por sus sentimientos cuando cometían atrocidades se limitaban a responder que cumplían órdenes y de esa forma lograban una especie de autoexención moral. Me temo que algo similar puede estar sucediendo en el periodismo. La alienación que el canibalismo del mercado está sembrando en los ciudadanos crea periodistas que no son conscientes de su criminal colaboración con la mentira y el terror. Para ellos su trabajo servil se está convirtiendo en una labor mecánica, algo como el cumplimiento de órdenes, la obediencia debida del militar. El protagonista de *El verdugo*, la película de Luis García Berlanga, no estaba a favor ni en contra de la pena de muerte, se limitaba a cumplir su trabajo para dar de comer a su familia. Estos periodistas cre-

en, como dice Santiago Alba, que «está siempre menos justificado usar una navaja que un obús, un obús que un misil, un misil que una bomba atómica; uno puede matar con una navaja a un hombre bueno, pero sólo contra *los hombres más malos* se podría usar un arma nuclear». De modo que si un bando tiene muchas y sofisticadas armas y el otro apenas una piedra o un viejo fusil, el periodista se autoconviene de que el bueno, sin duda, está en el lado de los tecnológicamente avanzados. El bueno siempre es el poderoso, y el malo es el andrajoso. Hoy pocos periodistas tienen la suficiente sensibilidad para plantearse, como en su día hizo Robert Capa, que «el deseo más ferviente del fotógrafo de guerra es no tener trabajo». Para ellos el bombardeado solo es el bando contrario del que bombardea.

Por eso debemos dar la voz de alarma como hacen los autores de *Los guardianes del poder*. Muchos profesionales se resisten a dejarse arrastrar por el patrón anterior, son conscientes de que los utilizan en beneficio del poder. Es necesario que comprueben que no están solos. Sabemos que no pueden rebelarse desde dentro contra la maquinaria de la empresa informativa que necesita triturar decencia para producir dinero y seguir compitiendo en el mercado. Igual que no esperábamos que los administrativos del Tribunal de Orden Público franquistas se rebelaran y derrocaran el aparato represor de la dictadura, tampoco lo periodistas pueden derrocar el sistema empresarial informativo. Debe ser la opinión pública la que dé la espalda a esta forma de presentar el mundo: fría, despiadada, dominada por el dinero, servil con el poder, cómplice de agresiones militares y masacres en Irak, Afganistán, Yugoslavia, Libia y tantos otros lugares. De momento ya estamos diciendo que nos fiamos más del funcionario municipal que del periódico y que lo que más nos interesa de la televisión es el pronóstico del tiempo. Pero no basta. Edwards y Cromwell reivindican la compasión, sí, ese término que parece haber sido apropiado por algunas religiones y que pertenece a toda la Humanidad. Partir de la premisa –dicen– «de que la expresión de la verdad ha de estar motivada por la empatía frente al sufrimiento ajeno, y no por el afán de lucro, la posición social y el privilegio. [...] La convicción de que el bienestar de los demás seres humanos es tan importante como el bie-

nestar propio; que el bienestar de un gran número de seres humanos es más importante que el bienestar propio». ¿Y por dónde empezamos? Yo diría que recordando las primeras líneas donde explicábamos que en el capitalismo una empresa es, por ley, incompatible con la compasión. Ya tenemos el primer objetivo al que combatir para recuperar el buen periodismo.

PASCUAL SERRANO

## PRÓLOGO

DOS GRANDES ACONTECIMIENTOS han marcado el modo en el que muchos de nosotros en Occidente percibimos el mundo que nos rodea: la II Guerra Mundial y la Guerra Fría. Conforme redactamos este libro, por enésima vez, se hace un llamamiento a los británicos para que aplaudan la «guerra justa» contra Hitler: esa «ducha ética en la que las barbaries cometidas a lo largo de siglos de conquista, esclavitud y explotación se desvanecen», por citar las palabras de Richard Drayton sobre la última cosecha de historiadores imperiales, como Niall Fergusson, aunque cabe que lo hiciera extensivo a muchos otros profesionales de la prensa «convencional».

«La guerra justa», afirmaba Drayton, «ha respaldado sesenta años de guerras para convertirse en un cheque ético en blanco para las autoridades británicas y estadounidenses. Proclamamos nuestro derecho a bombardear, mutilar y encarcelar extrajudicialmente a las personas, con apelaciones directas e indirectas a la guerra contra el fascismo. Cuando nos enemistamos con aliados déspotas como Noriega, Milosevic o Saddam, los reconvertimos en «Hitlers», y en la «guerra justa contra ellos no hay atrocidad que no se justifique» (Drayton, «Cheque ético en blanco», *Guardian*, 10 de mayo de 2005).

Durante la Guerra Fría, lo último en «atrocidades» fue la amenaza del uso de armamento nuclear. Hoy, la documentación oficial

desclasificada revela que la propaganda del «ellos y nosotros», en su mayor parte, fue pura invención. De hecho, la documentación británica al uso en la década de los 60 califica la «amenaza soviética» contra Europa de «exageración», inexistente en la mayor parte del mundo, incluido el Oriente Próximo. La verdadera Guerra Fría la libraron «nuestros» Gobiernos, aunque no precisamente contra Rusia, sino contra seres humanos innecesarios, como negros y morenos, generalmente en lugares extremadamente empobrecidos. Esta guerra no fue fruto de un enfrentamiento entre Oriente y Occidente, sino entre el Norte y el Sur, entre ricos y pobres, entre poderosos y pobres infelices. Es más, cuanto más débil es el contrincante, mayor parece resultar la amenaza que comporta, porque el triunfo del débil puede ser contagioso. De ahí que los débiles, cuyos países generalmente suelen albergar una enorme riqueza de recursos como petróleo, gas, minerales y atractivos mercados, hayan sido y sigan siendo el auténtico objetivo de las cruzadas de Occidente. El terrorismo de Estado de Occidente campa por sus fueros de Palestina a Nicaragua y de Indochina a Congo. Y cuando el 11 de septiembre de 2001 el débil, de hecho, contraatacó, se puso en marcha una guerra fantasmal, la «Guerra contra el terrorismo».

Las últimas «barbaridades», como el bombardeo estadounidense-británico de objetivos civiles con bombas de racimo, o la utilización de napalm y uranio empobrecido en Irak y Afganistán, no se califican como actos de invasión y pillaje, sino como contra-tiempos de una liberación imperfecta justificada con mitos como el de la «guerra justa» y la Guerra Fría. La correa de transmisión de estos mitos es ese apéndice amorfo del orden establecido denominado «medios de comunicación de masas». Y, aunque ocasionalmente varíen tanto las tácticas como los actores políticos, los periodistas, sea por intuición, por formación, o por ambas cosas, están al corriente de la auténtica naturaleza de su labor, principalmente, cuando el orden establecido se ve amenazado o se enzarza en una guerra. A las sociedades foráneas se las ha de juzgar siempre en función de la amenaza o el provecho que puedan representar para «nosotros». Al enemigo oficial hay que identificarlo y perseguirlo. Los paralelismos se deben establecer siguiendo los criterios de la «guerra justa» y la Guerra Fría, mientras que a nuestros alia-

dos oficiales hemos de verlos como vemos a nuestros Gobiernos, es decir, como a seres benévolos, por irrefutables que puedan resultar las pruebas que demuestren lo contrario.

Lo que *sí* ha cambiado es la percepción y la concienciación pública. Consciente de que ya no puede seguir dando crédito a lo que lee, escucha y ve, la gente, hoy como nunca, lo pone todo en tela de juicio. La prensa relega el planteamiento crítico del público y asume el concepto de «público apático» para justificar su mantra de que se limita a «ofrecer a la gente lo que quiere». Sin embargo, la opinión pública va muy por delante de los medios de comunicación y se niega a ceñirse a los límites de lo que los intelectuales denominaran «el discurso público». Por ejemplo, los sondeos de opinión corroboran que casi toda la sociedad británica considera que su primer ministro es un farsante: no ya alguien que «tergiverser los hechos» o «engañe al Parlamento», no, un farsante. ¡Sin precedentes!

Gran parte de este debate abierto se está produciendo principalmente en internet, donde habitualmente se le exigen responsabilidades a la prensa por el desempeño de su labor a la hora de informar sobre los grandes acontecimientos que conforman la actualidad, como la indecente invasión y ocupación de Irak. Se lanzan preguntas embarazosas como: «¿No son los medios de comunicación cómplices de los crímenes que se están perpetrando en Irak por propagar las mentiras de Bush y de Blair, en lugar de ponerlas en tela de juicio?». Este tipo de preguntas se plantean una tras otra en magníficos portales digitales, como el intrépido [www.medialens.org](http://www.medialens.org). Los creadores y editores de Media Lens, David Edwards y David Cromwell, han logrado, en poco tiempo, ejercer una gran influencia a la hora de exigir responsabilidades a aquellos que, como reza el verso, se encargan de escribir los anales de la historia, y cabe incluso que hayan logrado cambiar el curso de la historiografía moderna. Sin duda, han logrado romper el «cheque ético en blanco» al que aludía Richard Drayton, denunciando la depravación moral del «derecho a bombardear, lisiar y encarcelar sin el debido proceso...». En ausencia de Media Lens, durante los ataques y la ocupación de Irak, toda la fuerza de la gravedad de la debacle se hubiera visto relegada al olvido y a la pseudohistoria.

Más allá de minucias como *The Sun* de Rupert Murdoch, se centran en los medios de comunicación que presumen de «objetividad», «imparcialidad» e «integridad» (caso de la BBC) y de liberalismo y ecuanimidad (caso del *Guardian*). No se había visto manual más incisivo e ilustrativo de la vorágine de agendas e intereses que promueven los medios de comunicación desde *Los guardianes de la libertad*, de Noam Chomsky y Edward Herman. De hecho, han desempeñado la auténtica labor del periodista: averiguar la verdad.

Por consiguiente, *Los guardianes del poder* debería ser lectura obligada en todas las facultades de Ciencias de la Información, porque es el libro más importante que se ha escrito sobre periodismo que yo recuerde. Sus páginas reúnen y ponen en contexto histórico las mejores «Alertas» de Media Lens. Y lejos de ser una fuente de diatriba, los términos y modos que emplean para con los profesionales de la información a los que se dirigen son siempre impecables, y, a menudo, el tratamiento y análisis a fondo de los argumentos es genuinamente cordial. La sección de debate, el tratamiento de la actualidad, los responsables del medio y sus argumentos se remiten siempre a los hechos, al fruto de su labor de investigación y a un sentido de la ética que, conforme pasa el tiempo, comprobamos les es exclusivo.

En el momento de redactar estas líneas, tratan de esclarecer con la BBC la cobertura informativa del ataque estadounidense contra la ciudad iraquí de Fallujah. ¿A qué se debe –preguntan– el silencio informativo sobre el cruel asalto de Fallujah en noviembre de 2004, una ciudad ya sitiada en la que hacía menos de seis meses los estadounidenses reconocían por pasiva haber matado «al menos» a 600 personas? En internet, algunos periodistas independientes, como el intrépido Dahr Jamail, ciudadano estadounidense de origen libanés, sacaban a la luz diversos ejemplos de las atrocidades cometidas por los Estados Unidos, como sus ataques a hospitales, el arresto y tiroteo del personal sanitario y de sus pacientes, y los impedimentos al suministro seguro de material sanitario y la sangre de emergencia... Los médicos han descrito multitud de casos horripilantes en los que marines estadounidenses habían irrumpido en los hogares de la gente para

asesinar a bocajarro a ancianos, niños y personas que portaban banderas blancas. La BBC no dio cuenta de nada de esto.

Media Lens se puso en contacto con la BBC para tratar de averiguar la razón por la que sus corresponsales se habían abstenido de informar sobre la utilización de napalm por parte de Estados Unidos, pese a la ratificación de dicho extremo por parte del coronel James Alles, comandante del Grupo 11<sup>o</sup> de las Fuerzas Aéreas de los Marines de los Estados Unidos. «Lanzamos napalm en ambos accesos del puente», aseguraba, «y, por desgracia, también sobre las personas que allí se encontraban... No es una forma muy grata de morir» (Alles, citado por Buncombe, «Estados Unidos confiesa haber bombardeado napalm en Irak», *Independent on Sunday*, 10 de agosto de 2003). Junto con diversas informaciones sobre la utilización de bombas de racimo, bombas incendiarias, gas venenoso, y demás atrocidades flagrantes, las declaraciones quedaban recogidas en el programa *Worldwide Monitoring* de la BBC, aunque jamás se llegaron a publicar, ni siquiera en calidad de meras acusaciones.

La directora de informativos de la BBC, Helen Boaden, revelaba a Media Lens que el reportero del grupo «destacado» en Irak, Paul Wood, «no había informado de dichos casos, porque no había presenciado ninguno». Añadía que un veterano investigador de Human Rights Watch, «tras hacer algunas averiguaciones al respecto, no había encontrado prueba alguna de la autenticidad de dichas acusaciones». Media Lens se dirigió a Human Rights Watch (HRW) para corroborarlo y la reacción de HRW fue de absoluta «perplejidad», dada la falsedad de las alegaciones de la BBC. Como muchas de las «Alertas» de Media Lens, la correspondencia es constante e ilustrativa de la razón por la que los informativos en televisión, principal fuente de información pública, ocultan tanto a la audiencia.

En realidad, Media Lens no hacía más que ahondar en un debate preexistente, si bien de forma latente, que imponía las normas y los tabúes del «club» de los media. Su logro más admirable, a mi entender, es haber superado la indefensión de muchos periodistas para invitarles a reflexionar sobre la naturaleza de su labor, sobre las cuasi subliminales agendas ocultas, sobre la cen-

sura sistémica y sobre los mismísimos fundamentos de su profesión. Sin duda, como periodista, me descubro ante los dos David, porque su escrupulosa y perseverante labor de investigación de la verdad es hoy más necesaria que nunca.

JOHN PILGER

LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS.  
IMPARCIALES, HONESTOS Y DEMENCIALES

UNA ACTITUD CONVENIENTE es el escepticismo agudo. Dado que la mayor parte de lo que oímos es absolutamente falso, medio falso o está tergiversado, y como la mayor parte de lo que leemos en la prensa son interpretaciones adulteradas, publicadas como si fueran hechos, lo más recomendable, con diferencia, es adoptar una actitud de escepticismo total, partiendo de la premisa de que prácticamente toda la información a la que tenemos acceso es con toda seguridad engañosa o está distorsionada (Erich Fromm, *The Art of Being*, Continuum, 1992, pág. 44).

1.1. Tirando del otro extremo. La «Prensa Libre» corporativizada

El propio término «*media*» en sí resulta problemático. Es el plural de la palabra «*medium*», lo cual cabría definir como «vehículo mediante el cual se transmiten las sensaciones a los sentidos». El aire, por ejemplo, actúa como medio de transmisión del sonido, siendo un portador neutral y desinteresado de las vibraciones energéticas.

Las agencias de información quisieran convencernos de que también ellas transmiten la información de forma natural y neutral. Se autodefinen como ventanas al mundo verdaderamente objetivas. De ahí que, aunque de hecho se debata largo y tendido sobre lo que en ellas se muestra, el debate sobre la naturaleza de sus pro-

motores o sobre los valores u objetivos a los que sirven sea prácticamente nulo. Podemos incluso llegar a pensar que los medios de comunicación de masas han sido siempre tal cual son en la actualidad, un hecho más de la vida, e incluso un don divino.

Pero examinemos un par de hechos prominentes: 1) gran parte del mundo contemporáneo está gobernado por inmensas empresas multinacionales; 2) el sistema mediático encargado de informarnos sobre lo que acontece en el mundo está en sí compuesto por entidades gigantescas. Es más, los propios medios de comunicación están normalmente en manos de las empresas sobre las que se supone deben informar.

¿A qué edad sería un niño capaz de deducir que aquí hay un problema? Pues bien, esta es una realidad que se le escapa prácticamente al 100% de los profesionales de la información, al menos, si nos remitimos a sus declaraciones públicas.

El complaciente silencio mediático en torno al oxímoron que representa la «prensa libre corporativa» no es fruto del consenso íntegro y racional de una sociedad libre, sino sintomático de la corrupción ampliamente generalizada en los medios de comunicación y de un profundo malestar cultural. El silencio, en una palabra, es una mentira.

En este libro expondremos el modo en el que los medios de comunicación de masas corporativos –y no simplemente la prensa *tory* derechista, sino también la aclamada prensa «progresista»: medios de difusión como la BBC, y diarios como el *Guardian*, el *Observer* y el *Independent*– forman parte de un sistema de propaganda al servicio de los intereses de las élites. También mostraremos el modo en el que, incluso los hechos más obvios respecto a asuntos de trascendencia vital –como la responsabilidad de los Gobiernos estadounidense y británico en crímenes de genocidio, la galopante criminalidad empresarial y la amenaza que se cierne sobre la mismísima supervivencia de la especie humana– se ignoran, se relegan, se falsean y se ocultan. En estas páginas, el lector encontrará un análisis en profundidad y un debate racional sobre los medios de comunicación convencionales –y luego un súbito e inexplicable silencio. También hallará un debate fundado y veraz –frente a una absurda irracionalidad.

Para aquellos lectores que durante décadas hayan estado sumidos en la visión del mundo creada por los medios de comunicación corporativos, esta afirmación puede resultar un tanto chocante, e incluso estafalaria. La reacción típica es entonar el «Usted perdone pero, de hecho, *sí* que *hay* información y auténtico debate. Leemos a Robert Fisk en el *Independent*, a Seumas Milne en el *Guardian* y a John Pilger (y a ¡Media Lens!) en el *New Statesman*. De hecho, el Gobierno *ha sido* duramente criticado por su actuación en los prolegómenos de la guerra de Irak. Las empresas *están* sometidas a un estricto sistema de control y crítica –no tiene más que recordar el escándalo de la empresa Enron, ¡por Dios!

Desgraciadamente, no todo lo que reluce es oro. Como de costumbre, el demonio reside en el detalle. Se aprecia claramente con solo retroceder un paso en las presuposiciones de nuestro sentido común –a poco que seamos capaces de reconocer «la patología de la normalidad», de la mano del psicólogo Erich Fromm, porque entonces comprobamos que los medios de comunicación de masas no son una ventana al mundo, sino una *representación pictórica* del mundo.

La rectificación de la distorsión de la imagen que proyectan los medios de comunicación empieza por el discernimiento previo del cómo y del porqué de dicha distorsión. De hecho, empieza por la comprensión de la estructura fundamental de ese curioso ente abstracto: la empresa.

## 1.2. Supresión de la responsabilidad social

En su libro *The Corporation*, el profesor canadiense de Derecho Joel Bakan afirma que las empresas están obligadas por ley a maximizar los beneficios de sus accionistas. Los directivos de las empresas están literalmente obligados a anteponer el beneficio a cualquier otra consideración:

La ley les prohíbe cualquier otro tipo de motivación en su actividad profesional, ya sea apoyar a los trabajadores, mejorar sus entornos o animar a los consumidores al ahorro. Pueden llevar a cabo este tipo de actividad, siempre que sea a título personal y con su

propio dinero; ahora bien, como directivos empresariales y administradores del dinero ajeno carecen de autoridad legal para promover este tipo de objetivos como fines en sí mismos –a menos que redunden en beneficio de la empresa, lo cual normalmente significa incrementar al máximo los beneficios de sus accionistas. La responsabilidad social de la empresa es por tanto ilegal –al menos, cuando es genuina (Bakan, *The Corporation*, 2004, pág. 37).

Dicha fórmula de responsabilidad social se ha ido consolidando mediante resoluciones judiciales a lo largo de los siglos. En un pleito legal del siglo XIX, por ejemplo, Lord Charles Bowen decía:

La caridad, como tal, está de más en los consejos de administración de empresa. Naturalmente, existe una especie de relación caritativa, siempre en beneficio de quien la ejerce, y en esa forma y medida (reconozco, no muy filantrópicas) podrá la caridad estar presente en los consejos de administración, por ningún otro motivo (Cita, *ibídem*, págs. 38-39).

«La consecuencia inevitable es», según Bakan, «lo que amablemente se denomina “externalidades”: el perjuicio rutinario y permanente ocasionado a los demás –trabajadores, consumidores, comunidades y medio ambiente». «Esto», subraya Bakan, «hace de la empresa, en esencia, un “monstruo psicopático” incapaz de reconocer o de proceder con arreglo a patrones éticos para evitar el perjuicio al prójimo» (*Ibíd.*, pág. 60).

Robert Hinkley, quien durante dos décadas fuera asesor legal de importantes empresas del mercado de valores, fusiones y adquisiciones, explica:

Cuando se producen vertidos de productos químicos tóxicos, se deforestan los bosques, se sume en la miseria a los empleados, o se devastan comunidades enteras con el cierre masivo de fábricas, las empresas lo ven como simples efectos colaterales que están al margen de su competencia. En cambio, cuando los valores de las empresas caen en picado, eso sí es un desastre. La razón es que, según la legislación vigente, la caída del precio de los valores pone a la empresa en una situación de vulnerabilidad ante una eventual

absorción, o implica que el cargo del presidente de la empresa está en peligro. En suma, la consecuencia natural es el incremento de los beneficios de la empresa en detrimento del bienestar general. Esto se denomina privatización de las ganancias y externalización de los costes («Cómo la legislación empresarial inhibe la responsabilidad civil», *Business Ethics*, enero-febrero de 2002, [www.media-lens.org/articles/the\\_articles/articles\\_2002/rh\\_corporate\\_responsibility.html](http://www.media-lens.org/articles/the_articles/articles_2002/rh_corporate_responsibility.html)).

El empresario Robert Monks agrega:

La empresa es una máquina externalizadora, del mismo modo que el tiburón es una máquina asesina... No es cuestión de apego o animadversión; al igual que el tiburón, la empresa lleva consigo las características que le permiten desempeñar la actividad para la que fue creada (Citado por Bakan en *The Corporation*, pág. 70).

Esto parece estar a años luz del producto tecnológicamente sofisticado, amable y risueño que proyectan los medios de comunicación convencionales, ¿no? La propaganda comercial está repleta de humor y diversión y las radiantes sonrisas de los presentadores de televisión rezuman un cálido aire de familiaridad. ¿Podría ser esto, de hecho, fruto de alguna suerte de sistema psicopático? La idea es sumamente preocupante –crecimos con la televisión y estamos acostumbrados a verla como algo natural en nuestra vida cotidiana.

Pero veamos las conclusiones del observatorio de medios de comunicación estadounidense *Fairness and Accuracy in Reporting* [Equidad y Veracidad en la Información] (FAIR, siglas en inglés) sobre lo mucho que «preocupa a los directivos mediáticos la repercusión que la emisión de imágenes macabras, como las de Irak y demás lugares similares, que se cuelan en nuestros hogares, pudiera tener entre sus anunciantes». Una portavoz de General Motors afirmaba que desde luego su empresa «no se anunciaría en un programa de televisión que tratara (concretamente) de las atrocidades de Irak», mientras que un ejecutivo publicista lanzaba la advertencia, «ni se os ocurra intercalar anuncios divertidos con asuntos e imágenes sobrecogedores» (Citado por Peter Hart y Julie

Hollar, en *Fear & Favor 2004* «Cómo el poder conforma la noticia», 2004, marzo-abril 2005, [www.fair.org /index.php?page=2486](http://www.fair.org/index.php?page=2486)).

Esto explica la razón por la que el típico informativo de media hora de las cadenas de televisión locales en Estados Unidos dedica 6 minutos y 21 segundos al deporte y a la meteorología, mientras que el tradicional informativo nacional dedica 38 segundos a la política exterior de los Estados Unidos de América, incluida la guerra en Irak (*Times*, 28 de febrero de 2005).

No hay forma de entender lo que Occidente está haciendo en Irak –hemos propagado el sufrimiento y el asesinato masivo en un país del tercer mundo ya devastado, y ni siquiera se ve un atisbo de la realidad en las pantallas de televisión, porque las imágenes de cadáveres desmembrados y calcinados entorpecen los planes de venta de automóviles y dentífricos. Si esto no es un reflejo de la psicopatía de nuestra actual escala de valores, ¿qué es?

### 1.3. Sobre Gran Hermano y «*Auntie Beeb*»<sup>1</sup> (BBC).

#### El Modelo de Propaganda

En su trascendental libro *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media* (1988), Edward Herman y Noam Chomsky muestran su perspectiva del «modelo de propaganda» de los medios de comunicación. En un artículo escrito y publicado en 1996, Edward Herman revisa los principios de dicho modelo:

Llevábamos tiempo impresionados por la regularidad con la que los medios de comunicación actúan dentro de los estrechos márgenes de la presunción, basándose total e incondicionalmente en las fuentes de información de las élites y participando en campañas propagandísticas al servicio de sus intereses. Para averiguar la razón de dicha conducta buscamos factores estructurales como única raíz posible de sus pautas de actuación y conducta sistemática («The Propaganda Model Revisited», *Monthly Review*, julio de 1996).

---

1.- Sobrenombre con el que familiarmente se alude a la BBC en Gran Bretaña (n. de la r.).

De hecho, el argumento parece bastante racional, pero la prensa convencional lo ha desterrado. Tengan en cuenta que el libro de Herman y Chomsky sobre el modelo de propaganda ha merecido cuatro citas expresas en la prensa nacional británica desde 1988 (entre ellas, dos menciones en la sección de crítica literaria). El tan aclamado *Guardian* lo ha citado en una sola ocasión en todo este tiempo. La prensa nacional británica jamás ha publicado una descripción detallada como la que el lector tiene en sus manos. Herman y Chomsky tenían sobradas razones para sentirse impresionados por las pautas de actuación sistemática de los medios de comunicación. Como el lector comprobará a lo largo de este libro, los medios de comunicación se aferran con alarmante obstinación a supuestos prácticamente idénticos con respecto a las prioridades y a los objetivos del poder en Occidente.

¿Que cómo es esto posible en una sociedad libre? Desde luego, no hay teoría de la conspiración que pueda justificar la adhesión literal de miles de periodistas y demás personal de cientos de organizaciones mediáticas. La sola ocurrencia resulta irrisoria porque no existen mecanismos políticos para ejercer un control semejante al de Gran Hermano; una conspiración de tal calibre provocaría de inmediato un buen número de denuncias desde el propio seno de la organización en cuestión.

Bastante más plausible resulta la explicación que dan Herman y Chomsky en cuanto a que el funcionamiento de los medios de comunicación lo rigen las fuerzas del mercado y las ambiciones económicas de las grandes empresas que operan dentro de la sociedad del capitalismo de Estado. Incrustados en el sistema, explican, hay una serie de filtros que van adaptando constantemente la información que difunden los medios de comunicación. Herman lo explica con gran precisión:

Los factores estructurales cruciales radican en el hecho de que los principales medios de comunicación se hallen fuertemente enraizados en el sistema de mercado. Son empresas con ánimo de lucro que están en manos de grandes fortunas (o de otras empresas); su financiación proviene básicamente de la publicidad, la cual, a su vez, la conforman una serie de intereses económicos que buscan que sus anuncios comerciales aparezcan en un entorno propicio

para las ventas. Además, los medios dependen del gobierno y de una serie de poderosas empresas como fuentes de información, y, por eficacia y razones políticas, y los intereses a menudo se solapan, suscitan un cierto grado de adhesión al gobierno, a los grandes medios y demás intereses mercantiles.

El gobierno y las grandes empresas externas al sector mediático gozan de una situación privilegiada (y de dinero suficiente) para presionar a los medios, amagando con la retirada de sus anuncios o licencias de televisión, o con querellas por difamación y demás métodos de presión directos e indirectos. Los medios también están condicionados por la ideología dominante, basada en su mayor parte en el anticomunismo imperante, antes y durante la era de la Guerra Fría, que a menudo se desplegaba para impedir que los medios de comunicación llegaran a publicar determinadas informaciones críticas sobre las agresiones cometidas contra pequeños países considerados comunistas.

La suma de estos factores refleja la complejidad del poder del gobierno y de algunas poderosas empresas, entidades y agrupaciones (como Business Roundtable, la Cámara de Comercio estadounidense, determinados grupos de presión relacionados con la industria y demás avanzadillas) para influir en la información que se publica (Ibídem).

Así que los grandes entes mediáticos son normalmente enormes conglomerados –News International, CBS (hoy fusionada con Westinghouse), Turner Broadcasting (fusionada con Time-Warner)– que pueden a su vez ser filiales de empresas matrices bastante más importantes, como es el caso de General Electric (propietaria de la NBC), todas ellas vinculadas al mercado de valores, y en cuyos consejos de administración se sientan grandes magnates, la mayoría de ellos con excelentes contactos personales y comerciales con otras empresas. Por ejemplo, General Electric y Westinghouse son enormes multinacionales directamente involucradas en la producción de armamento y energía nuclear.

Es más que evidente el modo en el que dichos factores coartan la imparcialidad de los medios de comunicación. El antiguo redactor del grupo Murdoch, Andrew Neil, escribía sobre su exjefe: «Rupert espera que sus diarios simbolicen cumplidamente su filo-

sofía de vida: la combinación del republicanismo de extrema derecha, característico de los Estados Unidos, con el thatcherismo en estado puro de Gran Bretaña» (Cita, Alan Rusbriger, «Amargos tiempos: para Rupert Murdoch, el mejor director es el director sumiso», *Guardian*, 24 de noviembre de 1996). Los analistas de los medios de comunicación Peter Golding y Graham Murdoch coinciden en que «los propietarios de los medios de comunicación tienen derecho a establecer la línea editorial [...] de sus periódicos y demás medios de comunicación de su propiedad» (*Mass Media and Society*, 1996, pág. 15).

FAIR cita a un reportero estadounidense de un periódico cuyos jefes son también propietarios de un canal de televisión:

Cuando se publican los índices de audiencia televisiva de Nielsen, sé que lo que de mí se espera es que me explaye en un extenso artículo, si los índices del canal de la empresa asociada son buenos, y que lo soterre si no lo son. Otro ejemplo: hace unos años realicé una encuesta en la que preguntaba a los lectores la opinión que les merecían los servicios informativos de las cadenas de televisión locales. El director general me comunicó que la próxima vez que se me ocurriera hacer algo que pudiera afectar a uno de nuestros canales de televisión afines, sería mejor que lo consultara con él antes de hacerlo. Capté el mensaje. No he vuelto a abordar ningún proyecto similar (Cita por Hart y Hollar, *Fear & Favor 2004*).

Un periódico necesita captar y fidelizar ingentes cantidades de publicidad para poder hacer frente a sus costes de producción; en su defecto, el precio de un periódico se pondría por las nubes, lo que supondría su desaparición del mercado. Los periódicos británicos más progresistas –el *Guardian*, el *Observer* y el *Independent*– obtienen de la publicidad más del «75% de sus ingresos» (Peter Preston, «La guerra: ¿dónde están sus bondades?», *Observer*, 7 de octubre 2001).

Incluso la sola *amenaza* de retirada de la publicidad puede repercutir en el contenido editorial. En abril de 2005, el *Independent* publicaba un artículo en el que aseguraba que General Motors había retirado su publicidad de un importante periódico estadounidense, *Los Angeles Times*, tras instar este desde sus páginas al despido del director ejecutivo de GM Rick Wagoner. La empresa

automovilística decidió dejar de anunciarse en el rotativo de la costa oeste, tras acusarlo de «errores de hecho y de proyectar una falsa imagen» (Katherine Griffiths, «Un airado GM retira sus anuncios publicitarios del Los Angeles Times», *Independent*, 9 de abril de 2005). FAIR describía que la encuesta a los periodistas estadounidenses ponía de manifiesto la preocupación que sentían por la «presión que ejercen los clientes publicitarios para tratar de determinar la información que se publica» y por el «control remoto de la política editorial» (Citado por Hart y Hollar en *Fear & Favor 2004*). En mayo de 2005, el coloso de las finanzas Morgan Stanley manifestaba a la prensa que sus nuevas directrices exigían la retirada de su publicidad en el momento en el que se publicara cualquier tipo de noticia negativa sobre la empresa. Un importante anexo del contrato de publicidad especificaba:

En el momento en el que se publique un editorial desfavorable, de ser preciso, se contactará con la agencia en cuestión para exigir una rectificación de última hora. De darse la imposibilidad de contactar con la agencia, se procederá a la cancelación inmediata de toda la publicidad de Morgan Stanley programada en el diario por un periodo mínimo de 48 horas (Jon Fine, «Nueva política de Morgan Stanley de “retirada de publicidad” para neutralizar cualquier cobertura editorial “reprobable”», *AdAge.com*, 18 mayo 2005).

Robert McChesney, profesor de comunicación de la Universidad de Illinois, subraya que el periodismo profesional bebe casi por completo de las fuentes de información oficiales. La prensa tiene que dirigirse al portavoz oficial de los miembros del Parlamento, al secretario de prensa de la Casa Blanca, a la asociación empresarial, al general del Ejército... «Lo que estas personas dicen es lo que conforma la noticia. Sus perspectivas son sistemáticamente legítimas». «Mientras que», afirma McChesney, «si hablas con presos, huelguistas, indigentes o manifestantes, tienes que hacer que sus perspectivas parezcan carentes de credibilidad, porque, de lo contrario, te conviertes en su abogado y dejas de ser un periodista “neutral”» (Entrevista a Robert Jensen, *Revista Sun*, Baltimore, septiembre de 2000).

Los medios de comunicación también están sometidos a una intensa presión y censura estatal-empresarial que puede llegar en

forma de carta, telegrama, llamada telefónica, peticiones, demandas judiciales, discursos parlamentarios y demás tipos de censura o acciones coercitivas. Las organizaciones empresariales se reúnen con regularidad para determinar los mecanismos de censura apropiados.

En el verano de 2003, el Gobierno británico lanzaba una monumental campaña contra la BBC. Al cabo de un año, el reportero de la BBC, Andrew Gilligan, el presidente, Gavyn Davies, y el director general, Greg Dyke, o habían dimitido, o habían sido despedidos. Al director de los servicios informativos de la BBC, Richard Sambrook, se le relegaba a otro puesto. Todo esto ocurría pese a que los acontecimientos en Irak daban la razón a los que se habían opuesto a la guerra.

Los grandes intereses normalmente tienden a explotar ideologías predominantes como el anticomunismo, el antiterrorismo y los llamamientos al patriotismo, a la hora de perseguir a la disidencia.

En mayo de 2004, tanto la prensa como los políticos británicos ponían el grito en el cielo por la publicación en el *Daily Mirror* de una serie de fotografías que mostraban el maltrato al que los soldados británicos sometían a los iraquíes. El Ejército británico, aseguraban, tenía pruebas concluyentes de la falsedad de las fotos. El redactor de *The Mirror*, Piers Morgan –totalmente contrario a la guerra– era acusado a los cuatro vientos de instigar el odio contra las tropas británicas, exponiendo aún más sus vidas. La columnista del *Daily Mail*, Melanie Phillips, declaraba en una entrevista a la BBC: «Creo que es un acto de alta traición, en definitiva, contra los intereses de este país. La publicación en tiempo de guerra de una mentira que pone a nuestras tropas en semejante brete es algo imperdonable» (*Newsnight*, BBC2, 14 de mayo de 2004).

En la Cámara de los Lores, Lord Maginnis de Drumglass preguntaba:

¿No es el deshonesto proceder de Piers Morgan semejante a la traición de William Joyce<sup>2</sup>? ¿No es acaso este actual Lord Haw-Haw culpable de alta traición y por tanto merecedor de todo el rigor de

---

2.- William Joyce (1909-1949), ultraderechista y destacado anti-semita nacido en los EEUU, criado en una familia unionista en Irlanda y nacionalizado alemán en 1939, ejecutado en Gran Bretaña tras ser condenado por alta traición, apodado Lord Haw-Haw por un periodista del Daily Express, debido, al parecer, a su afectación aristocrática en el habla (n. de la t.).

la ley? ¿Qué acciones, incluidas las penales, prevé el Gobierno aplicar al exeditor? («Morgan, como el traidor Lord Haw-Haw», *Express*, 28 mayo 2004).

Piers Morgan fue despedido de su periódico, *Trinity-Mirror*, ante la presión de los accionistas estadounidenses. El director comercial de la BBC, Jeff Randall, subrayaba: «Estas empresas no suelen despedir a periodistas de alto rango por diversión, aunque, naturalmente, tampoco es algo que les quite el sueño» (*Informativo de las 22.00h*, BBC1, 14 de mayo de 2001).

Al cabo de un año, en mayo de 2005, el rival probélico del *Mirror*, el *Sun*, publicaba unas fotografías de Saddam Hussein en ropa interior. La publicación previa de las fotografías de la captura y posterior examen médico de Saddam Hussein, a manos del Ejército estadounidense, había generado un gran malestar entre la población iraquí, al considerarlo una vergonzosa y humillante falta de respeto –la resistencia aludía a este hecho como uno de los factores determinantes a la hora de empuñar las armas. El subsecretario de prensa de George Bush, Trent Duffy, manifestaba que la publicación de estas fotografías por parte del *Sun* infringía la legislación militar estadounidense y, seguramente, también la Convención de Ginebra. Lo glosaba con: «Creo que esto puede llegar a tener graves repercusiones» (Citado por David E. Sanger y Alan Cowell en «La publicación de fotografías de Hussein en un periódico sensacionalista lleva a Estados Unidos a ordenar una investigación», *New York Times*, 21 de mayo de 2005).

Su publicación no podía haber llegado en peor momento –al menos 620 personas, incluidos 58 soldados estadounidenses, acababan de ser asesinadas en el brote masivo de violencia surgido el 28 de abril, cuando el primer ministro iraquí, Ibrahim al-Jaafari, anunciaba la composición del nuevo gobierno de mayoría chií. Sin embargo, aunque muchos avezados políticos y periodistas exigieron la destitución del director antibelicista del *Mirror*, por haber expuesto aún más las vidas de los británicos, al redactor jefe del probélico *Sun*, Graham Dudman, apenas se le criticó; no se puso el grito en el cielo por el peligro añadido que suponía su publicación para las tropas británicas, ni se pidió su destitución.

#### 1.4. El oportuno auge del periodismo profesional

Cabe destacar que el concepto moderno de la «objetividad» periodística tan solo se remonta poco más de 100 años atrás. Hasta entonces, se entendía que la labor del periodista era tanto informar como convencer a la opinión pública. A nadie le preocupaba que la prensa fuese sectaria, siempre que la gente tuviera la posibilidad de elegir entre una amplia variedad de opiniones. Y todo el mundo tenía claro que la prensa comercial era el altavoz de sus acaudalados propietarios.

En 1863, Ferdinand Lassalle, fundador del primer partido laborista independiente en Alemania, describía el momento en el que la prensa se transformaba en una empresa especuladora cuyo principal objetivo era el beneficio propio:

A partir de ahí, la prensa se convirtió en una inversión asombrosamente lucrativa para los ávidos hacendados de dinero o editores que buscaran fortuna [...]. En adelante, bajo la apariencia de abogar por las ideas, la prensa dejaba de funcionar como herramienta pública, docente y pedagógica, para convertirse en vasallo de los poderosos y de la burguesía, adoptando su filosofía de vida; de ahí que hoy algunos diarios se vean con las manos atadas por sus suscriptores, o por las audiencias a las que ansían ganarse, aunque todos ellos siempre consagrados a la auténtica función económica de sus empresas: la publicidad (Cita, Theobald, *The Media and the Making of History*, 2004, pág. 23).

El escritor estadounidense Henry Adams señalaba a comienzos de 1900: «La prensa es el funcionario a sueldo de un sistema opulento, creado con el único fin de propagar mentiras en lo concerniente a los intereses establecidos» (Robert McChesney, citado en *Into the Buzzsaw. Leading Journalists Expose the Myth of a Free Press*, de Kristina Borjesson, Prometheus Books, 2002, pág. 366).

El tipo de prensa corporativa hoy ensalzada como abanderada del modelo progresista no engañaba a nadie en la década de 1940, cuando la disidencia radical la descartaba por «maquillar cuidadosamente los pecados de los magnates de la banca y de la

industria que verdaderamente controlaban la nación» (Citado por Elizabeth Fones-Wolf, *Selling Free Enterprise: The Business Assault on Labour and Liberalism*, 1994, pág. 45).

El equilibrio llegaba de la mano de la floreciente prensa radical, incluidos los 325 diarios y revistas publicados por militantes y colaboradores del Partido Socialista Estadounidense, con sus 2 millones de suscriptores.

Sin embargo, a principios del siglo pasado, la industrialización de la prensa y los altos costes de producción asociados a la prensa escrita hicieron que el capitalismo rico, apoyado en la publicidad, se apropiara rápidamente de los medios de comunicación de masas, con lo cual, incapaz de competir en precio y difusión, la otrora floreciente prensa radical se vio barrida a la marginalidad.

En su repaso a la historia de la prensa británica, James Curran y Jean Seaton aludían a «una progresiva transferencia del control y de la propiedad de la clase trabajadora hacia ejecutivos ricos, al tiempo que la creciente dependencia de la publicidad estimulaba la absorción o la supresión de la incipiente prensa radical, impidiendo su desarrollo normal antes de la I Guerra Mundial (*Power Without Responsibility. The Press and Broadcasting in Britain*, 1991, pág. 47). De hecho, su repercusión en los medios de comunicación radicales «que no cumplieran con los requisitos de los anunciantes» fue brutal a nivel nacional. «O bien cerraron, o se adaptaron a las exigencias de la publicidad vigentes en el mercado, viéndose permanentemente confinados en un ghetto de pequeñas audiencias con unas pérdidas llevaderas, o se vieron obligados a aceptar algún tipo de patrocinio institucional, sin más alternativa» (Ibíd. pág. 43).

No es fruto de la casualidad que el concepto de «periodismo profesional» surgiera conforme las corporaciones se iban apoderando de este monopolio sin precedentes. Robert McChesney lo explica: «Los editores avezados comprendieron que su periodismo debía proyectar una imagen de integridad e imparcialidad, características absolutamente impensables en el periodismo de la época de los Padres Fundadores, porque, de lo contrario, sus negocios serían bastante menos rentables» (Ibíd., pág. 367). Con la promoción del estudio del periodismo en «facultades oficiales»,

algo que en los Estados Unidos de América no se produjo hasta 1900, los ricos empresarios pudieron justificar que la formación de los reporteros y editores les garantizaba una independencia total a la hora de tomar decisiones editoriales, basándose en su propio juicio profesional y no en las necesidades de sus jefes y de las empresas anunciantes. De esta manera, los propietarios de los medios podían presentar su monopolio mediático como un servicio «neutral» a la comunidad. El argumento, según escribe McChesney, es «absolutamente falso».

Tras el halo de «neutralidad» del periodismo profesional subyacen tres mitos. Para empezar, los profesionales del periodismo, con la presunta intención de garantizar el equilibrio en la selección de información, decidieron que los hechos y las opiniones procedentes de fuentes oficiales debían conformar la base de lo que es la información legítima; de ahí que la información quedara bajo el control de las fuentes políticas, financieras y militares tradicionales, en representación de los intereses comunes del poder.

La idea es la siguiente: los periodistas son neutrales. Los políticos son elegidos para controlar la economía y el ejército. De ahí que el periodismo «neutral» implique la difusión de las opiniones de los miembros electos de los partidos políticos y demás prominentes figuras públicas a ellos supeditadas. No supone un problema de «neutralidad política» para los medios de comunicación que los partidos políticos, en realidad, sean en sí mismos organizados entre bastidores por poderosos intereses estatales y corporativos (incluidos los de los propios medios de comunicación) –con lo cual, tanto Laboristas como Conservadores, Demócratas y Republicanos, ofrecen una serie de políticas prácticamente idénticas al servicio de las mismas élites. El hecho de que dichos partidos presenten deliberadamente la política real del beneficio propio como «intervención humanitaria» tampoco parece plantearles ningún problema. En julio de 2004, el redactor de política de la cadena de televisión ITV, Nick Robinson, escribía en el *Times* sobre la guerra de Irak de 2003:

Al comienzo del conflicto, tanto yo como muchos de mis colegas tuvimos que soportar un aluvión de críticas en las que se nos

acusaba de actuar como portavoces del Sr. Blair. Preguntaban por qué difundíamos sus advertencias sobre el peligro que entrañaba Saddam Hussein, sin haber contrastado la información. ¿Acaso no habían leído lo que Scott Ritter o Hans Blix habían dicho al respecto? Siempre les daba la misma respuesta. Era mi deber dar cumplida información de lo que las autoridades de turno pensaran o hicieran [...]. Eso es lo único que se puede hacer en mi trabajo («¿Recuerdas la última vez que gritaste así? pregunté al tergiversador», *Times*, 16 de julio de 2004).

En segundo lugar, los periodistas asumieron que cualquier «gancho» informativo –un suceso trágico, la publicación de un anuncio o de un informe oficial– justificaba su cobertura informativa. También esto favoreció enormemente, a la hora de establecer lo que es el «gancho» informativo, a los intereses establecidos, proporcionándoles más influencia que a los grupos disidentes marginados.

Por último, la táctica del palo y la zanahoria empleada por las empresas anunciantes, los organismos empresariales y los representantes de los partidos políticos dominantes tuvo como resultado la inhibición de los redactores de la prensa corporativizada a la hora de tocar determinados temas, para centrarse en otros. Los periódicos, cuyos ingresos dependían de sus clientes publicitarios en un 75%, no iban por tanto a prestar demasiada atención al catastrófico impacto de dichas empresas sobre la salud pública, el Tercer Mundo o el medio ambiente.

Cuando en el año 2000 la revista *Time* publicó una serie de artículos sobre las campañas medioambientales patrocinadas por la empresa automovilística Ford Motor, en los que olvidaba mencionar las movilizaciones de protesta contra los automóviles, el redactor de la sección de Internacional del *Time* declaraba ingenuamente: «No publicamos anuncios publicitarios de aerolíneas en la misma sección en la que informamos de los accidentes aéreos» (Citado por Janine Jackson y Peter Hart, *Fear & Favour 2000*, «Cómo el poder conforma la noticia», *Fairness and Accuracy in Reporting*, [www.fair.org/ff2000.html](http://www.fair.org/ff2000.html)).

En realidad, como señala McChesney, el periodismo profesional «objetivo» trafica constantemente con los valores condu-

centes a la realización de los objetivos comerciales de magnates y anunciantes, así como de los designios políticos de la clase acaudalada (Borjesson, *Into the Buzzsaw*, 2002, pág. 369). Dicho «tráfico» quedará patente en los capítulos siguientes.

Nota sobre la estructura de este libro

*Los guardianes del poder* está organizado de modo que los capítulos previos sirvan para ampliar el sentido y la significación de los capítulos sucesivos. De aquí que, para comprender la hipocresía del gobierno y de los medios de comunicación con respecto a Timor Oriental, convenga tratar primero la respuesta oficial y mediática a la crisis de Kosovo. Para entender los capítulos posteriores sobre el problema del servilismo de los medios corporativizados, así como de las posibles soluciones basadas en la compasión, y no en la codicia, resulta útil ver en los capítulos previos las pruebas de la existencia de un problema, por ejemplo, en Irak, Haití o con el cambio climático.

Dicho esto, hemos creído conveniente empezar por los capítulos referentes a Irak y Afganistán, por tratarse de los crímenes contra la Humanidad más execrables que vienen cometiendo nuestros propios gobiernos en los últimos tiempos, y porque aportan toda una serie de valiosas lecciones sobre la función propagandística de los medios de comunicación de masas.

IRAK  
LAS SANCIONES DE DESTRUCCIÓN MASIVA

Simplemente no es cierto [...] no son las sanciones, sino Saddam, quien está matando a todos esos malditos críos. Lo siento (Roger Alton, director del *Observer*, en un mensaje remitido a Media Lens el 15 de marzo de 2002).

2.1. La fatídica y monumental mentira de Blair.

El «argumento moral para la guerra»

COMO RESPUESTA A LA MAYOR MANIFESTACIÓN de protesta jamás acaecida en la historia británica, Tony Blair declaraba en febrero de 2003:

El argumento moral contra la guerra tiene una respuesta ética: el deber moral de derrocar a Saddam [...]. Ciertamente que la guerra tiene consecuencias. Si derrocamos a Saddam por la fuerza, morirá gente; alguna, inocente, y tendremos que cargar con las consecuencias de nuestros actos, incluso las de los ajenos a nuestra voluntad. Pero el «No a la Guerra» también tiene consecuencias. No habrá manifestaciones de protesta por las víctimas de Saddam, ni por la muerte de miles de niños cada año a manos de su régimen, ni indignación por las cámaras de tortura que seguirán existiendo si se le permite continuar en el poder («El precio de mi convicción», *Observer*, 16 de febrero de 2003).

Dos años después de pronunciar estas palabras, un sondeo elaborado por el Ministerio de Planificación iraquí, en colaboración con la ONU, revelaba que «casi una cuarta parte de la población infantil iraquí, de edades comprendidas entre los seis meses y los cinco años, sufría de malnutrición» («El Ministerio de Planificación iraquí realiza un sondeo global de las condiciones de vida en Irak», 12 de mayo de 2005, [www.reliefweb.int](http://www.reliefweb.int)). La prensa apenas informó de que los resultados plasmaban el actual deterioro añadido a las ya desoladoras estadísticas previas a la guerra. Un informe publicado por UNICEF en octubre de 2004 señalaba: «Irak es el país del mundo que ha experimentado el mayor incremento en la mortalidad infantil de menores de cinco años, y existen múltiples indicadores de que este índice ha ido en aumento desde que comenzó la guerra» («Escasos avances en la mortalidad infantil», Red de Información Regional Integrada [IRIN, siglas en inglés], 11 de octubre de 2004, [www.reliefweb.int](http://www.reliefweb.int)). En una palabra, UNICEF calculaba el progreso de la mortalidad infantil entre 1999 y 2002, cuando el índice descendía de 130 muertes por cada 1.000 nacidos vivos en 1999 a 125 en 2002. Pero esta tendencia se *ha invertido* tras la ocupación británico-estadounidense. UNICEF aseguraba: «El número de niños desnutridos ha aumentado desde el comienzo de la guerra en Irak; el grado de protección infantil contra enfermedades contagiosas se ha reducido y las dolencias diarreicas se han multiplicado» (UNICEF, Información sobre Irak, mensaje electrónico remitido a Media Lens, el 19 de octubre de 2004).

El 3 de septiembre de 2004, el ministro de Sanidad iraquí y las autoridades sanitarias advertían de «la escasez crónica de medicinas» en un país ocupado por dos de las naciones más ricas del mundo. Intissar al-Abadi, farmacéutico jefe del Hospital Yarmouk de Bagdad, manifestaba a IRIN:

Teníamos un programa mediante el cual se suministraba medicación contra el cáncer y hormonas de crecimiento a los pacientes en función de sus necesidades. El Ministerio facilitaba determinada cantidad anual para el tratamiento controlado del paciente, pero eso se acabó. No se pueden imaginar los efectos que la falta de este tipo de medicamentos ha tenido en la población («Persiste la escasez de medicinas», IRIN, 3 de septiembre de 2004, [www.reliefweb.int](http://www.reliefweb.int)).

Según se desprende de un sondeo realizado en 2004, alrededor de 1.300.000 niños iraquíes de entre 8 y 16 años trabajaban, el 27% de ellos en jornadas de más de 8 horas diarias. Los niños de las zonas rurales, por las duras condiciones en las que viven, eran los que empezaban a trabajar a edades más tempranas («Informe sobre el trabajo infantil», 9 de mayo de 2005, [www.reliefweb.int](http://www.reliefweb.int)).

Un estudio de 2004 sobre las condiciones en las que se hallan las escuelas iraquíes tras la invasión revela que una tercera parte de los centros de primaria carece de agua corriente y casi la mitad de ellos incluso de sanitarios. Desde marzo de 2003, más de 700 escuelas primarias han sido bombardeadas –un tercio de ellas en Bagdad–, más de 200 incendiadas y más de 3.000 saqueadas («Las escuelas iraquíes pasto de la guerra y la desidia», Fondo para la Infancia – ONU, 15 de octubre de 2004, [www.reliefweb.int](http://www.reliefweb.int)).

En junio de 2005, Mays Nimr, joven facultativa iraquí, nos daba una idea del grado de desesperación que reina en el país:

El 99,99% de mis colegas han caído en una profunda depresión y buscan la mínima oportunidad para huir a cualquier parte del mundo; les da igual a dónde. Les trae sin cuidado la situación que se vayan a encontrar, solo piensan en huir porque están desesperados (*Informativo de las 22:00 horas*, BBC, 7 de junio de 2005).

La miseria en la que se halla sumida Irak es consecuencia directa de la invasión militar delictiva de Gran Bretaña-Estados Unidos y de la incompetencia de la «coalición militar» a la hora de planificar la invasión y prever los costes básicos de la sanidad y de los servicios públicos. Bob Herbert daba una razón obvia en el *New York Times*: «En cuanto a la reconstrucción de Irak, olvéndenlo... Resulta hartamente improbable que un gobierno que se niega a reconstruir los centros educativos de su propio territorio nacional, caso de los Estados Unidos, vaya a plantearse la reconstrucción de las escuelas iraquíes» (Herbert, «Una guerra sin ton ni son», *New York Times*, 18 de octubre de 2004).

## 2.2. Efectivamente consumado.

### El genocidio británico-estadounidense en Irak

La alusión de Blair en 2003 a las muertes evitables en Irak se refería a la muerte masiva de niños a consecuencia de las sanciones impuestas a Irak, reflejada en el informe publicado por la ONU, junto con grupos que defienden los Derechos Humanos y otras agencias de ayuda humanitaria. En una entrevista concedida a *Newsnight*, Blair mantenía que «las sanciones se habían convertido en una política extremadamente cruel para con la población iraquí por el modo en el que Saddam las estaba utilizando» (*Newsnight*, *BBC2*, 6 de febrero de 2003).

La mendacidad de Blair a este respecto resultaría insólita si no se hubiera expresado en los mismos términos en otras ocasiones, como por ejemplo, cuando sobre las sanciones y el sufrimiento en Irak decía:

Lo cierto es que Saddam Hussein podría dar a su pueblo los fondos que necesita para alimentos y medicinas. Como sabrá, el régimen de sanciones le permite recaudar ingresos del petróleo para destinarlos específicamente a la compra de alimentos y medicinas para la población; lo que ocurre es que Saddam no lo hace porque le conviene hacer creer a los iraquíes que los Estados Unidos y Gran Bretaña son los responsables de todas sus calamidades y de las muertes por inanición («Entrevista a Tony Blair del redactor de la sección de Política del *Observer* Kamal Ahmed», *Observer*, 14 de octubre de 2001).

Aunque, vista la reacción de la prensa a las declaraciones de Blair, costaría un rato largo averiguar que dicha afirmación ha sido desmentida por los propios autores y ejecutores del programa de sanciones en Irak. Un somero repaso de los hechos demuestra que, una vez más, Blair recurría a su estrategia favorita –la de subvertir la realidad, «sincera» y vehementemente.

Para comprender los efectos de las sanciones, primero es preciso ver la dimensión de la destrucción ocasionada en Irak por las 88.500 toneladas de bombas arrojadas por la coalición durante la Guerra del Golfo. Eric Hoskins, doctor canadiense y coordi-

nador de una comisión de estudio de Harvard, informaba de que el bombardeo aliado «había destruido todas las infraestructuras vitales para la supervivencia humana en Irak – la red eléctrica, el abastecimiento de agua, los sistemas de saneamiento, la agricultura, la industria y los servicios sanitarios» (Citado por Mark Curtis en *The Ambiguities of Power. British Foreign Policy since 1945*, 1995, pág. 189).

Las 11 centrales eléctricas principales de Irak y sus 119 subestaciones fueron arrasadas. En cuestión de horas, el 90% de los generadores de energía eléctrica quedaron inservibles, y, en cuestión de días, el 100% de la capacidad del país para generar energía eléctrica quedaba inutilizada. Ocho de sus presas para fines diversos eran bombardeadas insistentemente hasta su demolición total –destruyendo el sistema de control de inundaciones, lo cual repercutió en los depósitos de aguas municipales e industriales y en las plantas hidroeléctricas y de irrigación. Cuatro de las siete instalaciones principales de abastecimiento de agua iraquíes también quedaron destruidas. Catorce centrales telefónicas quedaban irreparablemente dañadas, con la destrucción de 400.000 de las 900.000 líneas telefónicas. También se lanzaron bombas contra 28 hospitales civiles y 52 centros de salud comunitarios.

Las bombas aliadas destruyeron 676 escuelas, 38 de ellas sin posibilidad de recuperación. Los monumentos históricos tampoco se salvaron –solo en Bagdad, 25 mezquitas resultaron dañadas, y 321 más en el resto del país. Siete fábricas textiles, cinco de material de construcción, cuatro fábricas de automóviles y tres plantas de cloración sufrieron daños. Una importante fábrica de jeringuillas hipodérmicas quedó arrasada. También fueron bombardeadas las fábricas cementeras más importantes, así como varias textiles, cosméticas, etc.

La escasez de recursos ocasionada por las sanciones impidió la reconstrucción de todas estas infraestructuras a gran escala. En marzo de 1999, el Grupo de Expertos en materia humanitaria creado por el Consejo de Seguridad concluía que el programa «Petróleo por Alimentos» de la ONU no llegaba para cubrir las necesidades del pueblo iraquí, «por mucho que se pudiera mejorar la aplicación del mismo»

(Portal digital de *Voices in the Wilderness*, marzo de 2002, [www.viwuk.freereserve.co.uk](http://www.viwuk.freereserve.co.uk)). El Grupo aseguraba:

Al margen de los avances que se puedan producir en lo concerniente a la búsqueda de fórmulas de procedimiento, a un ejercicio del poder más eficaz por parte del Gobierno iraquí o en materia de financiación, la magnitud de la miseria en la que se ve sumido el pueblo iraquí es de tal calibre que es imposible abordarla dentro del marco del programa «Petróleo por Alimentos» [...]. Tampoco se creó para cubrir todas las necesidades del pueblo iraquí [...]. Dada la situación de sus infraestructuras, los fondos necesarios para su rehabilitación superan con creces la cantidad prevista en el programa (Ibídem).

Su conclusión: «La atroz situación humanitaria de Irak seguirá siendo desastrosa, a menos que se estimule firmemente la economía iraquí, lo cual, a su vez, tampoco será posible con simples medidas de ayuda humanitaria» (Ibídem).

No obstante, los Gobiernos británico y estadounidense siguen empeñados en que la muerte masiva de la población iraquí no se debe a la destrucción de sus infraestructuras, a la congelación de sus fondos y a la debacle económica desatada por las sanciones, sino a la cruel política del Gobierno iraquí de privar a su pueblo de alimentos y medicinas.

En marzo de 2000, preguntamos al antiguo secretario general adjunto de la ONU, Denis Halliday –creador y responsable del programa «Petróleo por Alimentos» en Irak– lo que había de cierto en las afirmaciones de los Gobiernos británico y estadounidense de que Saddam tuviera bloqueadas las ayudas del Programa. Citábamos la carta de Peter Hain, ministro de Estado, al *New Statesman* en 2000, en la que este afirmaba: «El programa “Petróleo por Alimentos” lleva años vigente [...]. Los iraquíes no se han beneficiado de él como es debido». He aquí su respuesta:

No hay ninguna razón para hacer semejante afirmación. El secretario general ha reiterado que no existe ningún indicio de que los alimentos estén siendo desviados por el Gobierno de Bagdad. Tenemos 150 observadores sobre el terreno en Irak. Pongamos que se trata de un cargamento de trigo fletado a Basora desde cualquier

punto del planeta, bien, ellos se ocupan de supervisar toda la trayectoria del grano, desde que se lleva a los molinos y la harina se pone en manos de los 49.000 agentes empleados por el Gobierno iraquí para este programa, hasta que se reparte entre la población, e incluso se encargan de entrevistar a algunos de los receptores del producto –no hay ninguna prueba que demuestre que se haya estado produciendo un desvío de alimentos, al menos, en los dos últimos años. El secretario general nos hubiera puesto al tanto de ello (Entrevista realizada por David Edwards en marzo de 2000, [www.medialens.org](http://www.medialens.org)).

Preguntamos a Halliday acerca del suministro del material médico. En enero de 1999, George Robertson, entonces secretario de Defensa, había manifestado: «Saddam Hussein tiene almacenadas medicinas y material médico por valor de 275 millones de dólares que se niega a distribuir entre la población». Halliday respondía:

Ha habido ciertas dificultades con el material médico-sanitario; se han producido retrasos, por una serie de razones. Una de ellas es la tradicional torpeza del Gobierno iraquí a la hora de negociar sus contratos. Por ejemplo, pongamos que solicitan 5 millones de dólares de aspirinas, o de cualquier otro medicamento, a alguna pequeña empresa que simplemente es incapaz de hacer frente a tal carga de trabajo, viéndose obligada a adaptar sus instalaciones, lo cual, previsiblemente, podría llevar de tres a cinco meses. He ahí el primero de los errores. En segundo lugar, el Comité de Sanciones, tras sopesar el asunto, promovía una serie de contratos, por ejemplo, un lote de diez artículos, de los que aprobaban nueve, para bloquear deliberadamente el décimo, plenamente consciente de que sin la aprobación del décimo los otros nueve resultaban inútiles. Los nueve artículos siguen su curso –se piden, llegan y se almacenan; solo que, obviamente, los artículos almacenados no sirven de nada, sin la aprobación del décimo artículo bloqueado por el Comité de Sanciones (Ibídem).

Preguntamos a Halliday cuál era, a su juicio, la razón de que se bloqueara el décimo y último artículo del lote:

La razón es que Washington, y hasta cierto punto también Londres, llevan años utilizando deliberadamente al Comité de Sanciones para imponer sus bazas en el programa –es un artificio calculado. Porque, que el Gobierno británico afirme que con las cantidades implicadas en la vacunación de niños se puedan fabricar armas de destrucción masiva es simplemente absurdo. Esa es la razón por la que lo califico de «genocidio», porque se trata de una política de aniquilación deliberada contra la población iraquí. Me temo que a estas alturas este es el único razonamiento que me resta (Ibídem).

El Gobierno británico asegura que Saddam estaba destinando el dinero del programa «Petróleo por Alimentos» a otros menesteres. Por ejemplo, Peter Hain afirmaba: «Se debieran destinar más de 8 mil millones de dólares anuales a Irak para el programa humanitario –no solamente para alimentos y medicinas, sino también para el abastecimiento de agua potable, energía eléctrica y material escolar. Nadie tiene por qué morir de hambre» (Carta al *New Statesman*, 13 de marzo de 2000). Halliday respondía:

De los 20 mil millones de dólares asignados al programa «Petróleo por Alimentos», casi un tercio, es decir, 7 mil millones de dólares, se han destinado a los «gastos» de la ONU, indemnizaciones a Kuwait y otras compensaciones relacionadas. Esto deja 13 mil millones de dólares a disposición del Gobierno iraquí. Si se divide la cifra entre la población de Irak, 22 millones de personas, sale a 190 dólares por persona y año durante tres años –lo cual es miserablemente insuficiente (Entrevista con David Edwards, marzo de 2000).

Tanto Halliday como su sucesor, Hans von Sponeck, dimitían de sus cargos en la ONU como protesta –dimisión de altos cargos sin precedentes en la ONU– pero los medios de comunicación lo obviaron casi por completo. Cuando en febrero de 2003 repasamos la prensa, el nombre de Halliday no había aparecido ni una sola vez en el *Observer*.

Blair pudo colar su vergonzoso argumento de «guerra moral» porque la prensa llevaba largo tiempo menospreciando los informes de grupos como la fundación *Save the Children UK*, en los que se describían las sanciones contra Irak como una «guerra táctica contra su población infantil» (Cita de *Voices in the Wilderness*

UK, marzo de 2002, [www.viwuk.freereserve.co.uk](http://www.viwuk.freereserve.co.uk)). La Agencia Católica para el Desarrollo en Ultramar (CAFOD - Catholic Agency for Overseas Development) describía las sanciones como «humanamente catastróficas, moralmente indefendibles y políticamente baldías. Son malas políticas que habrán de cambiar» (Milan Rai, *Irak War Plan*, 2002, pág. 175).

Human Rights Watch manifestaba: «la imposición continuada de sanciones económicas generales está violando los derechos fundamentales de los niños y de la población civil en general», y «el Consejo (de Seguridad) debe asumir el hecho de que las sanciones están contribuyendo en gran medida a la persistencia de las condiciones que amenazan la vida en el país» (agosto de 2000, [www.viwuk.freereserve.co.uk](http://www.viwuk.freereserve.co.uk)). Setenta miembros del Congreso estadounidense suscribían una carta dirigida al presidente Clinton pidiéndole que levantara el embargo y pusiera fin a lo que a su juicio era un auténtico «infanticidio enmascarado de medida política» (Cita del *Philadelphia Enquirer*, 1 de abril de 1999). John y Karl Mueller afirmaban en la revista *Foreign Affairs* de mayo-junio de 1999 que «las sanciones de destrucción masiva» impuestas por Clinton y Blair habían provocado hasta la fecha más muertes civiles en Irak que «todas las armas de destrucción masiva a lo largo de la Historia de la Humanidad» (Edward Herman, «Apología progresista del imperialismo: Paul Starr y la predicción estadounidense de la política exterior de Clinton», *ZNet*, 21 de noviembre de 2000).

### 2.3. La complicidad de los medios: la «línea baathista de Pilger»

Con la ávida complicidad de los medios de comunicación, los Gobiernos estadounidense y británico pudieron echar la culpa del sufrimiento del pueblo iraquí al Gobierno de Irak. Ben Brown de la BBC decía:

[Saddam] Asegura que las sanciones de la ONU han llevado a la mayor parte de la población al borde de la inanición –fotografías como estas [un bebé desnutrido en brazos de una madre desesperada] le han servido a Saddam de poderosa herramienta propagandística, pero eso se acabó (*BBC News*, 20 de junio de 1996).

John Draper de ITN:

Hoy, la idea se centra en las sanciones «inteligentes» para ayudar a la gente común y corriente al tiempo que se evita que el mandatario iraquí pueda echarle a Occidente la culpa de la miseria y el sufrimiento de su pueblo (*ITV News, Informativo 22.30h*, ITN, 20 de febrero de 2001).

Nick Cohen del *Observer*:

Ardo en deseos de ver cómo se las apañan Noam Chomsky y John Pilger para oponerse a una guerra que pondría fin a las sanciones que, según afirman, han provocado la muerte de cientos de miles de niños que, de no ser así, podrían haber llevado una vida saludable en cualquier prisión estatal (no os apuréis, lo harán) («Blair es un alevín de Bush», *Observer*, 10 de marzo de 2002).

La «afirmación», como hemos podido comprobar, no es ni de Chomsky ni de Pilger.

El *Observer* manifestaba: «El dictador iraquí asegura que el embargo de Occidente está ocasionando la muerte de miles de niños. John Sweeney, en un documental televisivo que se emitirá esta noche, asegura que las cifras son falsas» (Sweeney, «Saddam escenificó falsos funerales de niños», *Observer*, 23 de junio de 2002). En su artículo del *Observer*, Sweeney citaba y descartaba una de las pruebas de muerte masiva proporcionadas por multitud de fuentes fidedignas:

En 1999, UNICEF, con la colaboración del Gobierno iraquí, realizaba un estudio retrospectivo de las 500.000 muertes de más acaecidas en la década de 1990. El estudio está abierto al debate. Se basaba en los datos proporcionados por un régimen que tortura a niños impunemente. Todos los investigadores utilizados por UNICEF, salvo uno, eran funcionarios del Ministerio de Sanidad, según *The Lancet*.

En un artículo del *Spectator*, Sweeney caía tan bajo como para aludir a lo que él denomina la «línea baathista de Pilger» con res-

pecto a las sanciones (Sweeney, «La primera baja de Pilger», *Spectator*, 28 de junio de 2003).

Pedimos a Hans von Sponeck, entonces responsable del Programa de la ONU «Petróleo por Alimentos» en Irak, su opinión acerca del argumento de Sweeney en el *Observer*, y he aquí su respuesta:

El artículo de Sweeney es justo el prototipo de periodismo orwelliano del doble discurso. No cabe duda de que el Gobierno iraquí habrá manipulado la información para ajustarla a sus necesidades, lamentablemente, todos los actores implicados lo hacen. Un periodista no debe hacerlo [...]. Este artículo es una grave tergiversación de la realidad (Mensaje electrónico remitido a Media Lens el 24 de junio de 2002).

Más tarde, Von Sponeck se ponía en contacto con Sweeney para tratar su versión de que los datos de UNICEF fueran falsos:

Estimado Sr. Sweeney,

Siempre he tenido al *Observer* en alta estima y puede que esa sea la razón por la que no consigo salir de mi asombro, tras leer su artículo sobre Irak, en el que califica de propaganda iraquí el índice de mortalidad que allí se está produciendo. Lamentablemente, cuesta encontrar estadísticas sobre Irak hechas con el rigor profesional deseable, y eso dificulta la obtención de datos reales al respecto. Sin embargo, su valoración del análisis de UNICEF es muy desatinada. Cierto que el Gobierno colaboró con UNICEF, pero la metodología de análisis y los resultados obtenidos son obra de UNICEF. Un nutrido grupo de profesionales de UNICEF sometieron la información a una rigurosa revisión para evitar lo que usted ha sido incapaz de evitar, es decir, la politización del material estadístico. Resulta decepcionante y poco profesional. ¿Por qué no consultó con UNICEF en Bagdad y Nueva York antes de escribir su artículo? Dudo que su intención fuera sumarse al coro de los que intentan buscar razones para desacreditar cualquier empeño dirigido a especificar el enorme daño que las sanciones han ocasionado en Irak, a lo cual se ha de sumar el daño causado a la población civil iraquí a nivel interno, pero es justamente lo que usted ha hecho, empeorando una situación de por sí extremadamente grave. Saludos. Hans von Sponeck (Copia remitida a los editores de Media Lens el 15 de junio de 2002).

Que sepamos, no hubo respuesta por parte de Sweeney.

## 2.4. Encubrimiento de los efectos de las sanciones

Nadie pone en duda el hecho de que Saddam Hussein fuera un dictador cruel y tiránico, pero Irak no siempre ha sido el «Estado fallido» al que se ha visto reducido en los últimos años. Según el Informe Nacional de la Unidad de Inteligencia Económica (EIU, siglas en inglés) sobre Irak, hasta la aplicación de las sanciones, el Estado de Bienestar iraquí figuraba entre los «más generosos e integrales del mundo árabe» (*Irak: Informe Nacional 1995-1996*). En un informe de diciembre de 1999, el Comité Internacional de la Cruz Roja (ICRC, siglas en inglés) aseguraba: «Hace tan solo una década, Irak podía estar orgulloso de contar con las infraestructuras más modernas y con uno de los mejores niveles de vida de todo Oriente Próximo, con un «complejo y moderno sistema de salud» y con sus «sofisticados sistemas de tratamiento e instalaciones de abastecimiento de agua» (ICRC, «Irak: Una década de sanciones», diciembre de 1999). En 1996, el Centro pro Derechos Económicos y Sociales informaba sobre el Irak previo a la Guerra del Golfo:

Más del 90% de la población tiene acceso a la sanidad básica, incluidos los servicios de diagnósticos de laboratorio y vacunación contra enfermedades infantiles como la polio o la difteria. Durante las décadas de 1970 y 1980, una serie de empresas británicas y japonesas edificaron muchos y modernos hospitales por todo el país, dotándolos de avanzadas tecnologías de diagnóstico, tratamiento y cirugía. Los servicios secundarios y terciarios, incluidos el tratamiento quirúrgico y el fomento de la investigación en laboratorio, estaban al alcance de prácticamente toda la población iraquí a un precio simbólico. Las facultades de medicina y enfermería de Irak ponían especial énfasis en la educación de la mujer y atraían a estudiantes de todo Oriente Próximo. Gran parte de los médicos iraquíes se habían formado en Europa o en los Estados Unidos de América, y una cuarta parte de ellos eran especialistas homologados («El sufrimiento sancionado por la ONU», mayo de 1996, [www.cesr.org](http://www.cesr.org)).

El cambio de la situación de Irak tras las sanciones no podía haber sido más radical. Richard Garfield, ilustre epidemiólogo de

la Universidad de Columbia en Nueva York, llegaba a la conclusión de que la «práctica totalidad» de las muertes evitables de niños entre agosto de 1990 y marzo de 1998 eran «atribuibles mayormente a las sanciones» («Morbilidad y mortandad entre la población infantil iraquí de 1990 a 1998: Estudio del impacto de la Guerra del Golfo y de las Sanciones Económicas», marzo de 1999, [www.nd.edu](http://www.nd.edu)). Garfield aseguraba que el hecho de que la mortalidad infantil en Irak se triplicara desde 1990 es un caso único, «puesto que no existe ningún caso documentado del aumento de la mortalidad infantil de menores de cinco años en el mundo moderno» (John Mueller y Karl Mueller, «La metodología de la destrucción masiva: evaluación de la amenaza en el nuevo orden mundial», *Journal of Strategic Studies*, vol. 23, núm. 1, 2000, págs. 163-187).

Estos hechos fueron totalmente desterrados por el sistema mediático porque era consciente de que la demonización de Saddam Hussein y del régimen iraquí era una pieza crucial para justificar la guerra. Tampoco se hizo la más mínima alusión al hecho de que Londres y Washington fueran responsables de la muerte de más de un millón de personas en Irak –las mismas gentes a las que Blair y Bush aseguraron iban a «liberar».

A Halliday se le mencionaba en dos de los 12.366 artículos publicados en el *Guardian* y el *Observer* relativos a Irak en 2003; a von Sponeck en cinco. Halliday aparecía en dos de los 8.827 artículos sobre Irak publicados en 2004, y von Sponeck aparecía en cinco de ellos.

En la misma línea, *Channel 4 News* decía: «Las sanciones contra Irak han sido siempre duramente criticadas porque, al parecer, los fondos iban dirigidos a Saddam Hussein y no a la población iraquí. Hoy, incluso se contempla la posibilidad de que los fondos pudieran haber sido desviados al exterior (*Informativo del Mediodía, Channel 4*, 22 de abril de 2004). A las duras críticas por las consecuencias de las sanciones genocidas se les niega la existencia.

Compárese esto con un artículo del *Daily Telegraph*: «Las voces críticas con el programa mantienen que pronto se convirtió en una herramienta para Saddam con la que gratificar a sus amigos de Occidente y manipular a la ONU» (Philip Delves Brough-

ton, «Políticos rusos y franceses “sobornados para suavizar las sanciones”», *Daily Telegraph*, 22 de abril de 2004).

*BBC Online*, portal digital de la BBC, cubría la noticia con las mismas lagunas: «Recientes informaciones de prensa acusan a una serie de individuos y empresas de más de 40 países, incluido un alto funcionario de la ONU, de estar implicados en casos de corrupción y soborno relacionados con la venta de petróleo». El informe citaba a von Sponeck:

Hans von Sponeck, antiguo coordinador humanitario de la ONU en Irak, afirmaba que tendrían que esclarecerse las alegaciones, aunque negaba cualquier implicación directa del organismo mundial en casos de corrupción. «La mayor parte de las transacciones concernientes a la corrupción funcional, uso indebido de fondos y sobornos se ha producido a espaldas de las autoridades de Naciones Unidas», manifestaba al programa *Today* («La ONU insta a la apertura de una investigación sobre la corrupción en Irak», *BBC News*, 22 de abril de 2004, [http://www.bbc.co.uk/1/hi/world/middle\\_east/3648409.stm](http://www.bbc.co.uk/1/hi/world/middle_east/3648409.stm)).

Sin embargo, se omitía cualquier alusión a las constantes denuncias de von Sponeck sobre la relación de las sanciones con la muerte masiva de la población iraquí. En diciembre de 1999, por ejemplo, von Sponeck se dirigía a la audiencia británica de este modo:

Amigos míos, en su intento de enjaular un tigre salvaje, su país está aniquilando una bella y extraordinaria ave. Dentro de dos décadas, en sus exquisitas universidades se estudiará el tema de las sanciones de Irak como un ejemplo de lo que no se debe hacer en política internacional (<http://no-nukes.org/voices/archive4/vfp48.html>).

En otro artículo, el *Daily Telegraph* retocaba la realidad hasta dejarla irreconocible:

En los momentos previos a la guerra, no hubo argumento más amargo que las denuncias de algunos activistas de izquierdas, nacionalistas árabes y extremistas musulmanes, de que las sanciones de las Naciones Unidas estaban «asesinando» a la población infantil

iraquí al negarle los alimentos y las medicinas que necesitaba. Responsabilizaban a Gran Bretaña y a los Estados Unidos de América por mantener las sanciones, pese a la creciente oposición del Estado francés y Rusia.

El régimen de Saddam organizaba visitas rutinarias a hospitales infantiles y orfanatos para quienes condenan las sanciones, para que pudieran ver el sufrimiento causado (David Rennie, «La vieja guardia de Saddam se forra con el dinero supuestamente destinado a paliar el hambre», *Daily Telegraph*, 22 de abril de 2004).

Entre los «activistas de izquierdas» presumiblemente se hallaban los veteranos diplomáticos de la ONU que concibieron y aplicaron el programa «Petróleo por Alimentos», y diversos investigadores de las Naciones Unidas y de otras agencias humanitarias.

El director del *Times* escribía: «Estuvo claro en todo momento que el plan no estaba funcionando como se esperaba; la población infantil iraquí empezó a pasar hambre y los hospitales se quedaron sin medicinas, mientras Saddam acondicionaba palacio tras palacio». El programa simplemente se reveló «insuficiente» para cubrir las necesidades del pueblo iraquí. De los innumerables iraquíes muertos y de los que estaban sufriendo privaciones el *Times* decía insustancialmente: «La ONU se enfrenta a acusaciones de absoluta mala gestión, si no de total complicidad, en un escándalo cuyas víctimas fueron civiles indefensos, muchos de ellos muertos por falta de medicamentos» (Editorial, «Escándalo por alimentos», *Times*, 22 de abril de 2004).

En el documental de John Sweeney en la BBC, «La madre de todas las ironías», Barham Salah –primer ministro de la Unión Patriótica del Kurdistán y más tarde viceprimer ministro iraquí– declaraba:

El programa «Petróleo por Alimentos» es un buen programa que debe continuar. Es lo mejor que le ha ocurrido a Irak desde su fundación como Estado, y no solamente para los territorios kurdos, también para el resto del país, porque tanto iraquíes como kurdos jamás hemos estado mejor (*Corresponsal, BBC2*, 23 de junio de 2002).

Apoyándose en esta ola propagandística los periodistas pudieron pasar por alto con total indiferencia la responsabilidad de

Occidente en toda una serie de graves crímenes contra la Humanidad. En su documental, «Saddam: una advertencia de la Historia» (*BBC1*, 3 de noviembre de 2002), John Simpson reducía a una frase de 16 palabras su comentario sobre la responsabilidad de Occidente en el genocidio del pueblo iraquí a consecuencia de las sanciones. Por razones que al parecer solo conoce *Panorama*, se empleaba el pretérito: «Las sanciones efectivamente fueron un castigo cruel porque principalmente perjudicaron al ciudadano de a pie del país». A esto se limita el comentario de *Panorama* sobre la masacre de un millón de civiles a manos de nuestros gobiernos. ¿Cuánto más se habría extendido la BBC si nuestros gobiernos hubieran masacrado a dos millones de personas, a tres, o a cinco? ¿Hubiera cubierto la noticia de los millones adicionales con otra frase de una docena de palabras, o hubiera escrito una segunda frase o una tercera? ¿Existirá un nivel de atrocidad que pudiera llevar a la BBC a desviar su atención de enemigos públicos oficiales como Saddam para centrarse en nuestro propio gobierno? Simpson incluso suavizaba sus dieciséis palabras sobre las sanciones: «Saddam se aseguró de que el pueblo iraquí sufriera más de lo necesario».

En su artículo del *Guardian*, Timothy Garton Ash decía: «Estados Unidos nunca ha sido el Gran Satán. A veces ha sido el Gran Gastby: “Tom y Daisy fueron personas negligentes –lo arruinaron todo y a todos, para luego refugiarse en su dinero, con su colosal indiferencia...”» («Estados Unidos a prueba», *Guardian*, 17 de abril de 2003). Tom y Daisy –Donald Rumsfeld y el Ejército estadounidense– de hecho, lo han arrasado todo en Irak, bienes y seres, en este caso, humanos, salvo que de piel morena. ¿Acaso hay negligencia mayor que la de poner fin a doce años de sanciones que se han cobrado la vida de un millón de personas inocentes, para luego rematar la operación reduciendo a polvo un país devastado y desvalido, por segunda vez en doce años, llevándose por delante la vida de 100.000 personas?

Chomsky resume con precisión la realidad de la actividad periodística:

Quando intentas plantearle este debate a la gente, le suele costar entender la cuestión. No conciben que debamos aplicarnos las

normas que imponemos a los demás. Les cuesta entenderlo. No hay principio ético más elemental. Basta con leer al filósofo preferido de George Bush [Jesús]. En los Evangelios hay una buena descripción del hipócrita, y el hipócrita es aquel que se niega a someterse a las normas a las que somete al prójimo. A partir de ahí, toda discusión y debate sobre la llamada Guerra contra el Terrorismo es puro cinismo, prácticamente sin excepción. ¿Alguien lo entiende? No, son incapaces de entenderlo (*Power and Terror*, 2003, pág. 29).

## 2.5. El director del *Observer* Roger Alton y el octogenario veterano de guerra

El 15 de marzo de 2002, un lector de Media Lens nos remitía una copia del mensaje que le había enviado a Roger Alton, redactor del *Observer*. Nuestro lector nos decía que era un veterano de la II Guerra Mundial de 83 años (que prefería permanecer en el anonimato), militar en servicio en la XIV Unidad de Carros de Combate durante siete años. En nuestra opinión, es una persona extraordinaria, racional y sensible. Nos decía que había escrito a Alton y al columnista del *Observer*, Nick Cohen, porque conocía de primera mano los horrores de la guerra y lo que esta representa para la población civil indefensa y para los soldados. Pensamos que la carta merece su publicación íntegra:

He leído con perplejidad la defensa que hace en su reciente artículo y demás comentarios sobre Irak, y que plantea a Media Lens, porque siempre le he considerado una fuente de información más fiable que la mayoría de los comentaristas. A mi entender (tengo 83 años y llevo décadas leyendo el *Observer*), hoy día hay una tendencia entre muchos periodistas/analistas/comentaristas a alinearse con lo que parecen entender como la corriente que más pueda beneficiarles o la menos probable de excluirles del «establishment», asumiendo los postulados de Hain, Bradshaw y Straw, cuyas hachas se mantienen siempre afiladas y prestas a ser blandidas con tal de perpetuarse en el poder político. Que el poder mira a ambos lados continuamente, buscando la tutela de la hegemonía del actual gobierno de los Estados Unidos de América (que no la del pueblo estadounidense), para colmar sus ambiciones, y no precisamente las del Partido Laborista (al que llevo vinculado casi 70 años), sino más bien las de aquellos que se entregan a su «nueva» función, una vez que logran hacerse con un cargo, a expensas de generaciones enteras de militantes del partido.

Les pido, con la mayor de las cortesías, que hagan el favor de estudiar la información y los hechos con mayor detenimiento e intenten resistir la tentación de utilizar o adoptar argumentos ajenos... espero que esto no les suene al característico sermón del tata-rabuelo que soy, porque no son pocas las satisfacciones que nos aguardan, a poco que logremos extraer «el principio curativo de la planta venenosa». Mientras tanto, aguardo con impaciencia la lectura de su próximo artículo...

Sinceramente,  
(Nombre borrado).

El redactor del *Observer*, Roger Alton, le respondía con el siguiente mensaje:

Simplemente no es cierto... no son las sanciones, sino Saddam, quien está matando a todos esos malditos críos. Lo siento.

La falta de sensibilidad de Alton habla por sí misma. En abril de 2004, escribimos al corresponsal del *Independent*, Andrew Buncombe:

Querido Andrew,

Permite que te hagamos un par de preguntas sobre el artículo publicado hoy en *The Independent*, en el que dices:

«El polémico Programa “Petróleo por Alimentos” se creó en 1996 para paliar el sufrimiento que las sanciones impuestas por la ONU estaban ocasionando a la población iraquí, tras la Guerra del Golfo de 1990-1991. El plan permitía a Irak la venta de determinada cantidad de petróleo, teóricamente, bajo la estricta supervisión de la ONU, para poder comprar alimentos y ayuda humanitaria» («Saddam podría haber sobornado al responsable del Programa “Petróleo por Alimentos” [PPA]»), *Independent*, 22 de abril de 2004).

Dices que el programa «Petróleo por Alimentos» es «polémico», aunque cometes la negligencia de omitir cualquier mención de Denis Halliday o Hans von Sponeck, antiguos responsables del Programa, quienes presentaron su dimisión en protesta por los catastróficos efectos de las sanciones. ¿Por qué?

Como bien sabes, Denis Halliday dimitió en 1998, tras denunciar el régimen de sanciones como algo «ilegal e inmoral». «Estamos destruyendo toda una sociedad por completo», aseguraba, Halliday, y afirmaba que las sanciones como concepto eran un desastre

porque estaban castigando a la población civil inocente, al tiempo que fortalecían a los dirigentes del país. También ha declarado: «Yo calificaría el uso de las sanciones contra Irak como un genocidio».

Hans von Sponeck, quien renunciaba al mismo cargo en 2000, aseguraba que las sanciones habían provocado una «auténtica tragedia humana», y se preguntaba: «¿Cuánto tiempo más tendrá que soportar la población civil, totalmente inocente en este asunto, el castigo que se le está infligiendo por un crimen que no ha cometido?».

En 1999, un informe de UNICEF calculaba en más de medio millón el número de niños muertos como consecuencia directa de las sanciones.

¿Por qué no te ha parecido relevante nada de esto para tu informe de hoy?

Aguardo tu respuesta.

Saludos,

David Cromwell (22 de abril de 2004).

Ese mismo día nos enviaba esta respuesta:

gracias por tu carta, david. me alegra saber de ti y confío en que te vaya bien.

mi respuesta abreviada es que, de haber dispuesto de más tiempo y espacio, no solo hubiera mencionado, como sugieres, a halliday y a von sponeck, sino también a todas las demás personas involucradas en el debate sobre las sanciones. hubiera mencionado («con todo merecimiento») a madeleine albright, a ritter, etc., y también hubiera hecho míos capítulos enteros del clásico de geoff simons, *targeting Irak: sanctions and bombing in US policy*.

resulta que disponía de veinte minutos para escribir un artículo de 460 palabras –porque ayer por la mañana tenía entre manos otro trabajo– sobre la presunta corrupción en el programa de alimentos de la onu, en el que se hallaban implicados tres de sus altos cargos, así que, puesto que a mi juicio, cabe que errado, la gran mayoría está familiarizada con la controversia en torno a las sanciones, y dada la falta de espacio, me vi obligado a elegir la información que iba a tratar.

no creo que toda noticia breve refleje, ni deba reflejar, todos los pormenores de un tema informativo. ahora bien, si consideras que el tema de las sanciones y las opiniones de halliday al respecto

no han recibido la atención debida, trataré de ampliar la cobertura. sin duda es un asunto que retomaré más adelante.

si lo que quieres es una respuesta a la pregunta de por qué se dedican 460 palabras a este asunto, cuando se dedica muchísimo más espacio al tema de la presunta infidelidad de david beckham, me temo que tendrás que recurrir a responsables del diario de mayor rango que yo.

¿te sirve esto de ayuda? ¿corroboras tu opinión, según tu modelo de propaganda [sic], sobre el típico profesional en activo en los medios de comunicación corporativizados? trato de exponer algunas de las presiones y limitaciones cotidianas, como la falta de espacio y los plazos de tiempo –presiones reales a las que se ve sometido cualquier periodista, que tienden a brillar por su ausencia en vuestras «alertas informativas». soy consciente de que utilizarás selectivamente algunas partes de mi respuesta, aunque confío en que, sea cual fuere el comentario que elijas, lo cites en su contexto.

por favor, ponte en contacto conmigo si crees que puedo serte útil de cualquier otra forma. espero con impaciencia tu artículo sobre irak.

te deseo lo mejor,  
andrew buncombe.

Agradecemos la respuesta de Andrew Buncombe, aunque, de su argumento sobre la falta de tiempo y espacio nos pareció destacable que en el cuasi infinito firmamento mediático que conforman el *Independent*, el *Guardian*, el *Times*, el *Telegraph*, *Channel 4 News*, *BBC News* y sus respectivos portales en internet, etc., fuera la falta de espacio lo que impide que se sepa que, según algunas autoridades competentes de la ONU, Gran Bretaña es cómplice de genocidio. ¿Hemos de entender este silencio como una consecuencia de la falta de espacio? Porque el problema de los medios de comunicación no reside en la falta de espacio, sino en la coerción sistémica que impera en su seno.

Sin duda, algunos lectores estarán familiarizados con la polémica en torno al régimen de sanciones de la ONU, pero serán contados los que estén al corriente de que varios diplomáticos veteranos de la ONU acusan a los Estados Unidos de América y a Gran Bretaña de la comisión de un auténtico genocidio en Irak, por la sencilla razón de que apenas se ha visto reflejado en los medios de comunicación. Y aunque estuvieran al tanto, la trascendental impor-

tancia de la denuncia sin duda merece que se destaque. Al fin y al cabo, los medios no se cansan de recordarnos que Saddam presuntamente había gaseado a la población civil en Halabja –un delito bastante menor, en comparación.

## 2.6. Tres mensajes destacables de Nick Cohen

En marzo de 2002, intercambiamos una serie de mensajes electrónicos con Nick Cohen, del *Observer*. Falta espacio para reproducirlos íntegramente (los vínculos a los artículos relevantes se encuentran en nuestro archivo de alertas informativas), pero la conducta de Cohen nos ha parecido sumamente esclarecedora.

El 13 de marzo de 2002, publicamos la alerta informativa: «Nick Cohen, del *Observer*, acerca de Irak, Chomsky y Pilger» ([www.medialens.org/alerts/02/020313\\_de\\_Guardian\\_Cohen.html](http://www.medialens.org/alerts/02/020313_de_Guardian_Cohen.html)), en la que transcribíamos un comentario de Nick Cohen del 10 de marzo de 2002:

Ardo en deseos de ver cómo se las apañan Noam Chomsky y John Pilger para oponerse a una guerra que pondría fin a las sanciones que, según ellos, han provocado la muerte de cientos de miles de niños que, de no ser así, podían haber llevado una vida saludable en cualquier prisión estatal (no os apuréis, lo harán) (Cohen, «Blair es un alevín de Bush», *Observer*, 10 de marzo de 2002).

El 13 de marzo de 2002, Media Lens recibía la respuesta de Nick Cohen:

El problema con la teoría de que las sanciones generen hambre es que:

1. No se esgrimió en las sanciones contra Sudáfrica.
2. Saddam es un tirano que ha exterminado a decenas de miles de sus compatriotas.
3. El régimen de sanciones terminó a mediados de la década de 1990.
4. Y lo más importante, Saddam se ha ocupado de utilizar su propia versión de la terapia de choque capitalista para lucrarse personalmente y enriquecer a sus camaradas. Como en Rusia, la combinación privatización-gansterismo ha llevado a unos índices de mortalidad sobrecogedores.

Puedes hacer caso omiso de todo esto y ceñirte a los cálculos de la onu, si quieres. Sin duda, vuestros antecesores darán con algún argumento igualmente convincente de que la hambruna en Ucrania fue producto del boicot de Occidente al bolchevismo, y no obra del adorable tío Joe.

Le respondimos el 15 de marzo con algunas de las pruebas que revelamos en este capítulo ([www.medialens.org/alerts/02/020315\\_de\\_Guardian\\_Cohen\\_reply.html](http://www.medialens.org/alerts/02/020315_de_Guardian_Cohen_reply.html)). Cohen nos contestaba ese mismo día:

Queridos lacayos,

Os tendría en más alta estima si mostrarais el más mínimo reconocimiento de la responsabilidad del tirano en la tiranía. Soy consciente de que esto no debe de ser fácil para vosotros, puesto que requiere adentrarse en el laberinto del espantoso eurocentrismo de principios como la justicia y la universalidad y, sinceramente, lamento vuestra desgracia. No obstante, por vuestro propio bien, más que por el mío, haced el favor de dar al menos una simple aproximación del número de muertes provocadas por Saddam en Irak. Cuando seáis capaces de asumir que existen muchos y variados recuentos, ¿cómo lo hacemos?

Viva Joe Stalin.

Le respondimos el 20 de marzo ([www.medialens.org/alerts/02/020315\\_de\\_Guardian\\_Cohen\\_reply2.html](http://www.medialens.org/alerts/02/020315_de_Guardian_Cohen_reply2.html)), y finalmente recibimos la siguiente respuesta de Cohen, el 23 de marzo de 2002:

Estimada Media Lens,

Disculpad la guasa. El argumento que intentaba exponer en mi mensaje, recurriendo, lo admito, al picaresco recurso humorístico, es que existen tres posibles opciones ante Irak:

1. Lanzar una guerra para derrocar a Saddam, ya sea mediante una invasión directa o mediante una revuelta patrocinada por Occidente (Bush baraja las dos posibilidades y Blair hará lo que diga Bush). Tras la victoria, se levantarán las sanciones.
2. No al ataque armado, no a las sanciones y dejar a Irak – Saddam en paz, lo cual, a juzgar por vuestros mensajes, parece ser vuestra opción.

3. No a la guerra, pero sí a las sanciones, especialmente, las dirigidas contra el tráfico de armas. Las potencias extranjeras deben proporcionar un territorio seguro a los kurdos y la opinión pública decente del mundo debe mostrar su apoyo a la emancipación de Kurdistán. La fuerza aérea internacional también debe proteger a la mayoría chií del sur.

Las opciones uno y dos están más próximas entre sí de lo que ambas lo están de la opción tres, de ahí que me ría de lo difícil que le debe resultar a la gente como vosotros unirse a nuestra causa en este inminente conflicto.

Pueden ver nuestra respuesta del 26 de marzo en [www.media-lens.org/alerts/02/020326\\_de\\_Observer:Cohen\\_reply3.html](http://www.media-lens.org/alerts/02/020326_de_Observer:Cohen_reply3.html).

Los mensajes electrónicos de Cohen supusieron un punto de inflexión en nuestro cometido. A escasos nueve meses del lanzamiento de Media Lens, empezábamos a vislumbrar la dimensión de la insolvencia imperante, incluso entre periodistas de reconocido prestigio, a la hora de hacer valer sus argumentos. Como le decíamos a Cohen el 15 de marzo de 2002:

Te remitimos una clara y pormenorizada objeción a tus argumentos, y nosotros (y todos los que te han escrito) hemos recibido una descortés e indiferente respuesta, sin ningún tipo de acreditación de pruebas, en la que no haces el más mínimo esfuerzo por responder a nuestras objeciones. La experiencia nos ha enseñado que esta es generalmente la norma en el periodismo convencional. El debate serio no es bienvenido; a la disidencia se la ridiculiza y desdén, cuando no se la margina. No hay cultura del debate, discusión ni cuestionamiento de ideas –se supone que lo que la opinión pública debe hacer es limitarse a escuchar vuestros sabios discursos y mantenerse calladita. Cualquier intento, opción u otra forma de actuación se consideran intolerables entre los profesionales de la información, quienes parecen tenerse por celebridades a las que se haya de aplaudir, y no como servidores públicos en el desempeño de una labor que requiere de gran firmeza y debate, si es que se pretende hacer bien.

No nos resta más que recapacitar sobre el hecho de que seas uno de los profesionales más acreditados del ala más progresista del espectro mediático tradicional. También quisiéramos subrayar el hecho de que podrías centrar tu labor en una acusación bastante

más grave: que nuestro gobierno es efectivamente responsable del genocidio de Irak. Tu comportamiento en lo que a tan crucial asunto se refiere es una prueba más del lamentable estado de salud en el que se halla la «Prensa Libre» en este país.

IRAK DESARMADO  
OCULTACIÓN DE LOS RESULTADOS DE LA INSPECCIÓN DE ARMAS  
1991-1998

Se retiró [al equipo de inspección] porque se les impidió realizar su cometido. Es decir, dejémonos de simplezas, no tiene ningún sentido mantener un equipo de inspección sobre el terreno, si no se le permite llevar a cabo su labor (Tony Blair, *Newsnight Special*, BBC2, 6 de febrero de 2003).

Si esto se sometiera al examen de un tribunal de justicia, la carga de la prueba recaería justo en sentido contrario, porque en efecto, Irak siempre ha mostrado su disposición a la colaboración con el equipo de inspección de armas (Scott Ritter, inspector de armas de la ONU en Irak, 1991-1998, «*War on Irak*», Ritter y William Rivers Pitt, 2002, pág. 25).

### 3.1. Encuentren la excusa para llevarlo a cabo

EN SU CARRERA HACIA LA INVASIÓN DE IRAK, Bush y Blair promovieron dos importantes argumentos interrelacionados: que Irak se había negado a colaborar con el equipo de inspección de armas, entre 1991 y 1998, y que por consiguiente Irak seguía teniendo reservas de Armas de Destrucción Masiva (ADM) letales, lo cual representaba una «grave e inminente» amenaza para los intereses occidentales, incluidas las bases militares británicas en Chipre.

El mito de la falta de cooperación cobró gran fuerza con la idea de que Saddam Hussein hubiera expulsado al equipo de ins-

pección de armas en diciembre de 1998. Fue un argumento crucial puesto que se daba por sentado que hacía tiempo que se había agotado cualquier empeño de solución pacífica del asunto de las ADM, y que, por tanto, cualquier nuevo intento de negociación era ilusorio y baldío.

El argumento era trascendental porque Bush y Blair ya habían tomado la decisión de atacar y ocupar Irak por la fuerza de las armas; la resolución diplomática del asunto no figuraba en su agenda. El antiguo secretario del Tesoro estadounidense, Paul O'Neill, revelaba que la administración Bush había accedido al poder plenamente decidida a derrocar a Saddam Hussein, y que los atentados del 11 de septiembre le habían servido de pretexto:

La clave era hallar el modo de llevarlo a cabo. El presidente repetía: «Encuentren la excusa para llevarlo a cabo»... Desde el principio se tuvo la convicción de que Saddam Hussein era un depravado al que había que derrocar (Julian Borger, «Bush estaba decidido a derrocar a Saddam “desde el primer día”», *Guardian*, 12 de enero de 2004).

O'Neill aseguraba haber visto un memorándum de los preparativos de la guerra, fechado en los primeros días de servicio del nuevo gobierno. Otro documento clasificado como «secreto» decía: «Plan Irak Post-Saddam». O'Neill también había visto en el Pentágono un documento titulado «Inversores extranjeros para los contratos de los pozos de petróleo de Irak», en el que se planeaba el reparto de las reservas de petróleo iraquíes entre las empresas petrolíferas transnacionales.

Aunque el fracaso a la hora de lograr una segunda resolución de la ONU posteriormente se vendiera como un obstáculo para la resolución pacífica del asunto, lo cierto es que, en efecto, simbolizó el fracaso de la tentativa de legitimar el ataque militar planeado y sus devastadoras consecuencias.

### 3.2. «Prácticamente desarmado» para 1998

Los dirigentes occidentales difundieron con vehemencia la idea de que Saddam había incumplido su compromiso de colaboración con

los inspectores. Por ejemplo, Blair decía: «Antes de que [Saddam Hussein] expulsara a los inspectores de armas de la ONU hace tres años, estos habían encontrado y destruido miles de armas químicas y biológicas [...] y cuando estaban a punto de concluir su labor se les expulsó del país» («La firmeza de Occidente en Irak es por el bien de todos», *Daily Express*, 6 de marzo de 2002). George Bush decía: «Este es el régimen que accedió a la inspección internacional –para luego expulsar a los inspectores» (Discurso sobre el Estado de la Nación, 29 de enero de 2002, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov)). El secretario británico de Exteriores, Jack Straw, manifestaba que las políticas de la comunidad internacional, o más bien lamentaba que sus fisuras permitieran a Saddam Hussein explotarlas y expulsar a los inspectores» (*Today, BBC Radio4*, 12 de octubre de 2002). En una entrevista de la BBC, Bill Clinton declaraba que «en 1998 Saddam Hussein había expulsado a los inspectores en un intento de obligarnos a levantar las sanciones» («Entrevista a Clinton», *Especial Panorama*, 22 de junio de 2004).

Como comprobaremos más adelante, todas estas afirmaciones son absolutamente falsas. Saddam Hussein ni expulsó a los inspectores de armas ni se negó en ningún momento a colaborar con ellos. Blair, Straw y Clinton eran los responsables políticos del momento, así que difícilmente pudieron no haber estado al tanto de la realidad.

Los inspectores de armas fueron retirados de Irak justo antes de que comenzara la Operación Zorro del Desierto, ataque aéreo ordenado por Clinton en diciembre de 1998. El antiguo presidente ejecutivo de UNSCOM, Richard Butler, explicaba en su libro *Saddam Defiant*:

Recibí una llamada telefónica del embajador de Estados Unidos de América, Peter Burleigh, invitándome a acudir a un encuentro privado en la sede de la embajada estadounidense, donde me comunicó que, según instrucciones de Washington, «convenía tomar medidas para garantizar la seguridad e integridad del personal de UNSCOM presente en Irak». Le respondí que, siguiendo su recomendación, evacuaría a mi gente del país (*Saddam Defiant*, 2000, pág. 224).